

LA COMPAÑÍA DE LAS LIENDRES

LA COMPAÑÍA DE LAS LIENDRES

por

Pedro J. Acuña



Concéntrica ediciones

Los archivos empleados para esta obra están bajo Licencia Editorial Abierta y Libre (LEAL-A). Con LEAL eres libre de usar, copiar, reeditar, modificar, distribuir o comercializar bajo las siguientes condiciones:

- ∅ Que cualquier producto creado a partir de este material herede algún tipo de LEAL.
- ∅ Que la comercialización no sea el único medio para adquirir el producto final.
- ∅ Que el uso no resulte perjudicial para cualquier colaborador.
- ∅ Que los archivos editables y finales sean de acceso público.
- ∅ Que en la próxima edición se dé crédito a los colaboradores de la edición anterior.

Segunda edición, 2025, segunda edición

ISBN 978-3-16-148410-0

Publicada por Concéntrica ediciones

La compañía de las liendres

Estoy sentada aquí. Tengo frío y hambre. Extraño a mi mamá; no la he visto. A Víctor, sí. Mi mamá me pidió que le dijera “papá”. Cuando entra al cuarto, Víctor siempre me pega; pero ella dijo que ahora somos familia y me tengo que aguantar. La cabeza me da comezón. Víctor me encerró porque me salieron liendres. Él no quiere tener liendres. Me rasco la cabeza. En la mano me quedan unas bolitas blancas. Las aprieto y oigo un ruido. Igual y es el grito de las liendres. Pero esas bolitas no son las liendres, ¿o sí? Creo que son las hijas de las liendres y, cuando reviento una, su mamá grita. O tal vez todas las bolitas son hermanas y las que gritan son las bolitas que todavía tengo en la cabeza.

En el cuarto hay una ventana. El foco no prende. Víctor me dijo que ahí estaba la nica para el baño. A mí no me gusta. Huele feo; tiro por la ventana lo que hago. No alcanzo a ver la calle. Me subo en una silla. Hay un parque. No hay niños, pero me gusta ver los árboles. Me acuerdo de cómo huelen; aquí huele a ropa mojada. Veo lo que dejé en la nica; ahí hay bo-

litas. Ésas no las agarro porque se me ensucia la mano.

Me tapo con la cobija y también tiene bolitas blancas. Me quito una de la cabeza y la pongo en la cobija. Está visitando a sus primos. La agarré con mucho cuidado para no romperla. La vuelvo a agarrar y la dejo con sus hermanas. A veces confundo a las bolitas y a una le digo Mariana, pero se llama Manuel. Eso me pasa mucho porque todas se parecen. Las únicas que no se parecen son las que dejo en la nica. Ésas son cafés y más grandes. No me gustan. Las bolitas de la cortina casi no las agarro porque son de otra familia. Tal vez ellas son las liendres.

Despierto y me rasco el ojo. Me quito una bolita de la pestaña. Nunca había tenido ahí. Ésta tiene algo adentro. Es una cucaracha. ¿Ésas son las liendres? Tal vez son como los pollos, que primero son huevos y luego pollos. Son liendres bebés. Las cuido para que nazcan. Soy su mamá adoptiva. Las liendres de la cobija y de la cortina son hijas de otra niña. Les hago una cunita con un cartón; ahí pongo las liendres bebés que me quito de la cabeza y les canto una canción... *A que no me adivinas, la gallina dónde está. Está tejiendo un huevo calientito y*

todo blanco para un pollito nuevo que acaba de encargar... Las mamás de las otras liendres no han venido nunca. Si vienen, podemos dejar a los bebés jugando y nosotras podemos platicar de cosas de adultos. Cuido muy bien a sus hijas porque son mis sobrinas. Las mamás son mis hermanas.

Despierto y veo que algo se mueve en la cortina. Tal vez las liendres bebés de la cortina están naciendo. Me paro. Vino una mamá. Tiene el tamaño de un perro pero es una cucaracha. No, no es una cucaracha. Tiene los dientes salidos y muchos ojos. Creo que no me ha visto. La mamá se quita de la cortina y va hacia la pared. Ahí hace del baño. Saca más bolitas blancas. Las bolitas blancas se quedan en la pared. Ahora hay más primos. Mi mamá me dijo que siempre ofreciera pastel y café. Le digo que si quiere. La mamá me ve y se va.

Despierto y pongo las liendres bebés en su cunita. Ya no caben. Hoy son más y tengo muchas en los ojos. Hago otra cunita y las acomodo a todas. Creo que ya están creciendo porque oigo que lloran, bajito. Las arrullo para que se duerman... *Entran las brujas por las ventanas. Siempre se esconden bajo las camas. Y con miradas bizcas echan chispas para quemar a*

los muchachos tontos que no quieren estudiar...
No sé qué coman. Las de la nica comen lo que de-
dejo. Ellas no me gustan. Por eso las tiro por la
ventana.

Me siento en la nica; tengo bolitas blancas
entre las piernas y en la lengua. Saben raro,
como cuando chupé una pila. No me como las
liendres bebés. Las que de-
dejo en la nica viven
en mi panza. Mi mamá ya es abuela. No ha
venido y Víctor no se queda mucho. Nada más
me deja un plato de sopa y me empuja y me
pega; ya aprendí que cuando él entra me tengo
que esconder. Él pate-
atea las cunitas y aplasta a
las liendres, dice que va a echar raid en todo el
cuarto, que soy una cochina. No grito para que
no me encuentre, pero lloro porque la mamá
me va a reclamar a sus hijas. La sopa tiene
nata. Sabe feo, pero me tengo que aguantar.
A veces tiene una pata de pollo. Las guardo.
Cuando me da mucha hambre, las chupo. Se
ponen verdes algunos dedos. Ésos los tiro a la
nica.

Despierto. Sobre la cobija está una de las ma-
más. Se le salen dos dientes por la boca. No son
dientes. Son brazos sin manos y se los limpia
como las moscas. Sus patas están peludas. No
sé si me está viendo. Tiene ojos de muchos ta-

maños y de la frente le salen dos antenas muy largas. Ésas se mueven como si tuvieran frío. Las antenas me tocan la cara. No me gusta. Están duras y raspan. La mamá se voltea. Es como una abeja por atrás, pero verde. Empieza a sacar bolitas blancas. Se acerca y me las pone en la boca. Siento cómo se llenan mis cachetes de liendres bebés. Quiero moverme pero no puedo.

Despierto con la nariz tapada. Me sueno con la cobija, con una parte que no tiene bolitas blancas. Me duelen los oídos. Salen mocos y liendres bebés embarradas de mocos. Las pongo en una cunita... *Son las malditas brujas empeñadas en buscar a los groseros, y mentirosos, y a los que estudian mal. Si es que te portas bien a media noche, las has de oír. ¡Pero cuidado, pues si eres malo, brujas podrán venir!...* Ya no alcanzan. Tengo que fijarme para no pisarlas.

Me duele la panza y me salió un grano en la mano. El grano me da comezón, pero me acuerdo que mi mamá me dijo que no me rascara. Me duele la panza. Víctor no me ha traído sopa. Chupo una pata de pollo que guardé. Muerdo un dedo y veo la pata. Está llena de bolitas blancas. No me como las liendres bebés. Viene

la mamá. Estoy sentada en la cama. Se pone al lado de mis pies. Me toca la pierna con sus antenas y luego se sube a la pared. Ahí deja más bolitas blancas. Casi no puedo abrir la ventana. Las paredes están llenas de liendres bebés. Mi cabeza tiene muchas y a veces no puedo ver bien.

Tengo granos en los brazos. Los que salieron primero son blancos. Los otros son rojos. Cuando están blancos son como las bolitas. Son liendres que se me pegaron. En las piernas y la nariz también tengo. La mamá viene más seguido. No puedo abrir la ventana. Está atorada por las liendres. Hace mucho que no viene Víctor. Tengo hambre. Me duele la panza. Chupo las patas de pollo. Están verdes. Lo que hago en la nica huele feo. Parece atole. La cobija se ve blanca por tantas bolitas. Ya no me acuesto ahí para no apachurrarlas. Me duermo en el suelo. Me da frío. Pongo unas cunitas sobre otras para poder acostarme al lado de la cama. La mamá viene. Me pone bolitas blancas en la boca. Son muchas. Toso. No puedo respirar. La mamá no se va. Me sigue poniendo bolitas en la boca.

Despierto. No puedo abrir un ojo. Está lleno de bolitas blancas. Me duele la espalda. Algu-

nos granitos se reventaron. Salieron unas liendres bebés. Todavía están pegadas a mi piel. Casi todos los granitos están blancos. No me quiero acostar. Si me acuesto, voy a apachurrar las que tengo en la espalda. Me duermo sentada.

Despierto. La mamá está enfrente de mí. Me toca las piernas con sus antenas. Hay poca luz. Sus ojos son negros, no como los míos, que son cafés. Hace ruidos. Vienen otras mamás. Son tres, empiezan a hablarse. No les entiendo. Se acercan las otras dos. Se ponen enfrente de mí. Se voltean y me ponen más bolitas blancas en la boca, en los brazos y en las piernas. Me quedo quietecita para que no se asusten y para que no aplasten a las liendres bebés. Se van. No veo bien. Me da miedo. Quiero dormirme otra vez. Tengo muchas liendres bebés en la cara. No me puedo mover. Tengo comezón. Pero somos familia y me tengo que aguantar.

Nuestra madre

Venían del funeral de su padre; tenían veinticinco años de no verse. Estaban en el departamento de ella. A él le gustaba tomar Cabrito pero ella sólo tenía Don Julio; llevaban horas poniéndose al corriente y la segunda botella de tequila iba a la mitad.

Él miraba los cuadros que su hermana tenía en la sala mientras platicaban. De vez en cuando la veía con detenimiento: si él no trajera bigote y ella un alaciado, serían un espejo del otro.

Pasaban más de las dos de la madrugada y la lluvia acentuó el calor.

—¿Y éste? ¿Se te mojó? —preguntó él.

—Es un Bacon. Así es el cuadro original.

—Pues no le agarro muy bien a tu chamba. Si ya tienen todos los cuadros en el museo, ¿por qué le pagan a alguien para que los ponga? ¿Los de intendencia no pueden? Yo podría colgarlos también. Ni que fuera más difícil que poner unos zoclos.

—¿Qué quiere estudiar Marta?

—Magda. Administración de empresas, aunque todavía le faltan dos semestres de la prepa.

Él caminó por el pasillo hacia el baño. A su izquierda había un cuadro con una mujer desnuda: dos pulpos la acariciaban con sus tentáculos. A la mujer parecía gustarle. Él hizo un gesto de asco y la mano derecha comenzó a temblarle; regresó a servirse otra paloma. Ella pensó en decirle que no debía arruinar así el Don Julio.

—Ese cuadro del pasillo no se me hace muy artístico.

—Es un grabado. Japonés. ¿No te gusta?

—Es como del Libro Vaquero. Yo no lo tendría en mi casa.

Ella sonrió porque alguna vez se le había ocurrido algo similar. Terminó su caballito y sirvió otro para agarrar valor y preguntarle lo que quería desde que lo volvió a ver.

—¿Por qué no fuiste al funeral de nuestra madre?

—Vine al de papá, ya con eso.

—Te avisé con tiempo. ¿Por qué no viniste?

Él giró su vaso; los hielos tintinearon contra el cristal. Lo hizo para disimular el temblor de su mano derecha.

—No quería verla. Ni siquiera muerta. Deberías quitar el cuadro de los pulpos.

Desde hace un rato los dos arrastraban las erres.

—Tampoco querías verme a mí.

—No —dijo él mientras giraba otra vez su vaso. Unas gotas de la paloma cayeron en el tapete.

Ella se enderezó.

—Después de que murió nuestra madre, tuve un sueño —dijo ella—. Tiene que ver con el grabado del pasillo.

—Mejor no me cuentes.

—Es del siglo XIX, de Hokusai. Lo vi por primera vez cuando tenía veinte años, en un café del Barrio antiguo, y me hizo enamorarme de la pintura.

—Vamos a hablar de otra cosa.

Ella fue a la cocina. Cortó un poco de *brie* y lo acomodó en una tabla junto con galletas saladas de perejil. Lo puso sobre la mesa de centro. Él se acabó la paloma y se sirvió otra, sin hielos para que no sonaran con el temblor de su mano.

—Después de que nuestra madre murió, soñé que estaba en una galería; yo curaba la exposición. La sala reventaba de gente y los periodistas se formaban para entrevistarme. To-

do el mundo quería una foto conmigo y en mi bolsa ya no cabían las tarjetas de presentación.

—Yo nada más sueño con que me gano el Melate. Pero ni me gusta porque en la mañana me doy cuenta de que todavía estoy jodido.

Ella lo vio con severidad. Él bajó la mirada a su vaso.

—En la galería era como si yo fuera la dueña de lo que estaba ahí: de los cuadros, de la comida, de las personas. Podía gritarle a quien fuera y nadie me reclamaría. Me sentía culpable de tener tanto poder. Cuando me di cuenta, estaba enfrente de cuadro de Hokusai. No recordaba haberlo puesto ahí; ni siquiera tenía que ver con la exposición. Además, era pequeñísimo, casi del tamaño de una postal. Me sentí una niña. ¿Recuerdas cuando éramos chicos e íbamos a casa de nuestra abuela? El cuadro me regresó a esa época. Olía a la albahaca que el abuelo plantaba afuera de la cocina, sentía las uñas llenas de tierra y oía cómo lavaban los trastes de barro. ¿Entiendes? Nuestra madre se acababa de morir y yo me sentía en casa.

—Nuestra madre no era muy hogareña. La odiaba. Y tú también.

—Sí, ¿pero te acuerdas por qué? Cuando desperté, traté de recordar algo; por más que lo

intenté no pude acordarme de una sola vez que nos gritara o que nos tratara mal. Ni un solo castigo o amenaza. ¿Tú te acuerdas?

—A todos los niños los castigan y regañan.

—Tampoco te acuerdas de nada, ¿cierto?

Él tomó la penúltima galleta de perejil. No le puso *brie* porque le olió a podrido. La galleta le raspó en la garganta seca. Terminó su trago.

—No.

Él sacó unos Delicados de su bolsillo. Ella le entregó un cenicero. Él gastó cuatro cerillos para encender su cigarro. Cuando por fin lo logró, se frotó un ojo; le había entrado humo.

—¿Nunca te ha pasado que con ciertos olores empiezas a recordar, aunque no sabes bien qué? En el sueño, me pasó algo parecido, pero en la piel. Ese cuadro, esa sensación del tentáculo sobre el clítoris, sobre los labios, adentro de la nariz.

Él chasqueó la lengua y cruzó las piernas. Apagó el cigarro, que apenas tenía unas cinco fumadas, y encendió otro.

—De alguna forma, mi cuerpo sabe cómo se siente una ventosa en el pezón, cómo un brazo sin huesos se tensa y luego se relaja. Vi el Hokusai y olvidé que estaba en un museo. Empecé a sentir que un tentáculo me penetraba.

Yo quería resistirme, pero cedía. Centímetro a centímetro, entraba en mi cuerpo, bajaba por mi garganta hasta acariciar mi estómago. No me dieron náuseas. Era como si tomara agua. Me puse pálida, pero no por miedo. O sí, aunque mezclado con placer. Estaba a punto de tener un orgasmo.

Él carraspeo y la miró como queriéndole decir que era de muy mal gusto hablar de orgasmos con un desconocido, aunque fuera su hermano.

—No me veas así. Trato de decirte algo.

—Ve al grano.

Ella suspiró, terminó su caballito y continuó.

—Tensé los muslos. Aunque lo más extraño fue que ese sentimiento de estar en casa no desapareció. Estaba protegida por un monstruo.

—Tal vez fue una pesadilla por esos cuadros que ves.

—No tiene nada que ver. ¿Sabías que los pulpos tienen un pico como los pájaros? Pues yo sólo lo supe después de sentirlo en el sueño, sólo lo investigué ese dato porque sentí que un ave me pellizcaba la entrepierna.

—Coincidencia.

—Fue un recuerdo. Ya había sentido un tentáculo y un pico de pulpo.

—Exageras. Igual y un día viste uno en la marisquería. ¿Que no uno sueña con lo que lo calienta?

—Esto es diferente. Me sentía protegida por un pulpo que me tocaba. O me tocó. Compré esa reproducción al día siguiente. Cada vez que la veo, siento lo mismo.

Los dos se quedaron callados. El cigarro se consumió.

—¿Y? ¿Qué piensas? —preguntó ella.

—Ve con un loquero.

—No seas así. De algo tienes que acordarte.

—¿Que si me acuerdo de pulpos y de tu cuerpo desnudo?

—No, tú recuerdas. Lo supe cuando te vi en el pasillo, enfrente del cuadro. Te empezó a temblar la mano. De niños, siempre te temblaban las manos si tenías miedo. Esas mañanas no se quitan.

Él se tapó la mano derecha con la izquierda y vio a su hermana con furia.

—Y a ti te encantaba inventarte historias.

—Te acuerdas. Mira tu mano. ¿Tienes idea de cuánto sufrí? Nos debemos una explicación y, de alguna manera, tiene que ver con el cuadro. ¿Te fuiste por mi culpa?, ¿por culpa de nuestra madre? Éramos felices. Después de

que huiste, nuestros padres apenas si me hablaban y hacían como que yo no existía. Creí que era normal, estaban tristes por ti. Pero no era sólo eso. Me ignoraban a propósito. Nos sentábamos a comer y sólo hablaban entre ellos. No iban a las juntas de la escuela, nunca me preguntaban nada. Dejé la casa en cuanto pude, apenas terminando la universidad. La tía Concha me tuvo que avisar que se murió nuestra madre. Papá ni para eso me buscó.

El vaso resbaló de su mano. Mientras ella recogía los pedazos, él se levantó y se encerró en el baño.

Ella escuchó las arcadas de su hermano; luego, el grifo y que tosía un poco. Cuando él salió minutos después, estaba pálido y con los hombros caídos. Su camisa blanca tenía una mancha naranja en el bolsillo izquierdo.

—Perdón por el vaso —dijo él.

—No te preocupes. Siéntate, te sirvo más.

Ella le sirvió otra paloma, con apenas un sorbo de tequila.

—No he podido dormir bien desde entonces. Cada vez que cierro los ojos, recuerdo esos tentáculos. ¿No crees que esté relacionado con la muerte de nuestra madre?

—No sé —contestó él.

Él arrugó su cajetilla vacía. Ella le extendió unos Marlboro blancos y le encendió uno.

—La noche antes de que me llamaras para decirme lo de nuestra madre— dijo él después de sacar el humo por la nariz—, me acordé por qué me fui de la casa.

—Cuéntame —ella se levantó y se sentó a su lado.

—¿Puede ser otro día? Estoy muy cansado.

—No, tiene que ser hoy. Te voy a traer un vaso de agua.

—No, así está bien.

—¿No quieres cambiarte la camiseta?

—Estoy bien así. Perdón por lo del vaso.

—No te preocupes —dijo ella mientras le acariciaba el cabello.

—Antes de huir, quise ir a despertarte y despedirme pero me congelé en tu puerta; era mejor dejar las cosas sin hablarlas. Me robé el dinero que guardaban mis papás en el cajón de los cubiertos y caminé hasta la terminal. Tomé el primer camión que se me ocurrió. Viajé sin parar tres semanas. Agarraba las rutas más largas; llegaba a una terminal y me iba a otra sin esperarme. Estaba huyendo de nuestra madre, huía de papá, de ti. No soportaba la casa. No después de eso. No hablé en mucho tiempo,

estaba muy asustado. Me fui, y nada más me quedaba pensando toda la noche en qué te había pasado. Hasta que un día, casi como abrir los ojos en la mañana, todo estaba bien. Tenía un negocio, una novia en la universidad, tramité mi pasaporte para mudarme al gringo. Sólo sabía que odiaba a nuestra madre. Decidí que estabas mejor sin mí. Antes de que me hablaras para lo del funeral de nuestra madre, regresó el malestar: otra vez corría entre camiones, no dormía por estar pensando en ti. Debí haberme quedado contigo. Cuando me acordé, yo rogaba que todo fuera un alucine mío.

Él hizo una pausa; quería que ella lo interrumpiera, pero se quedó callada, mirando su caballito a medio tomar. Él apuró su trago. Se preparó otra paloma con tequila hasta la mitad del vaso.

—Ese miércoles llegamos de la escuela. Reprobaste dos materias. Te iban a regañar pero según tú sabías más que el maestro. Nos sentamos los cuatro para comer. Era una comida normal. Les dijiste a mis papás lo que pasó en la escuela. Papá hizo lo de siempre: azotó la cuchara contra el plato. Te empezó a decir que para qué te pagaban la escuela si así respondías. Agachaste la cabeza pero te estabas

aguantando la risa y yo también. Papá enojadísimo, nuestra madre nada más lo apoyaba diciendo sí con la cabeza. Era un pinche comercial.

“Nuestra madre empezó a hacer sonidos raros. ¿Sabes cómo suena una vaca mientras se desangra? Es como si sacara el mugido por la rajada que tiene en el cuello. Sonaba igualito. Nuestra madre empezó a tener calambres en todo el cuerpo. Se retorció pero papá no lo notaba, te seguía diciendo de cosas.

“Tú y yo, ya bien serios, mirábamos a papá que daba manotazos y le dijo algo a nuestra madre, acusándote. Después, miramos a nuestra madre; temblaba como una gelatina pero en cámara lenta. Su boca se abrió y se asomó un pico. Le salía una lengua negrísima. Mientras temblaba, nos salpicaba de baba a los tres, pero papá ni enterado. Era como si estuviera en, no sé, otro lado, y nosotros dos enfrente de un monstruo. Los ojos de nuestra madre se volvieron amarillos, se hincharon. Se hinchó toda su cabeza.

“Empezó a oler a pescado. Se me taparon los oídos y no podía gritar. A nuestra madre le crecieron de la nuca unos tentáculos. Tenía como ocho bocas en cada uno. Se abrían y se cerra-

ban bien lento, querían que las viéramos. Tú me pediste ayuda, bajito, casi no te escuché; papá hablaba sobre tus calificaciones y tu futuro. Supongo que pasó bien rápido, porque papá todavía estaba con eso, pero a mí me pareció un montón de tiempo.

“Aunque papá, tú y yo nos seguíamos moviendo lento, los tentáculos de esa cosa no, era como si fuéramos de dos mundos distintos. Esa cosa te empezó a rodear y yo me levanté en automático de la mesa. Pasé atrás de papá. Lo vi decir “no”. Tú me veías mientras daba la vuelta a la mesa. Uno de esos tentáculos te subió la falda. Te digo que todos nos movíamos como si estuviéramos abajo del agua, pero los tentáculos no; éstos se retorcían, me recordaron unas víboras. Traté de alcanzarte, no pude mover mi brazo, era un robot y tenía que seguir dándole la vuelta a la mesa. Pasé atrás de ti y vi cómo se te metían entre las piernas. Cerraste los ojos y gemiste. Empezaste a llorar. Yo, hipnotizado o algo, estaba pasando cerca de nuestra madre, por donde le salían los tentáculos. Atrás de ella había más animales: camarones vivos.

“Fui al fregadero. Traía un plato y lo dejé ahí. Seguías llorando. En eso, papá levantó la mano y te la puso en la cabeza. Quería que dejaras de

llorar por las materias que habías reprobado. La mano humana de papá y el tentáculo de esa cosa se estaban rozando, pero él no se dio cuenta; te digo que parecía que estábamos en dos mundos. Mientras papá te acariciaba la cabeza, ese tentáculo te seguía tocando; papá se movía bien lento.

“Me senté. Fue como cuando le adelantas a las películas: la cabeza del monstruo se volvió a meter en nuestra madre, el tentáculo salió de tu entrepierna y otra vez estábamos en un comercial. El sol que entraba por la ventana y papá te decía:”Ya no llores, hija. Sólo estudia más para la próxima”.

Ella respiró hondo. Él comió la última galleta de perejil; su mano había dejado de temblar.

—¿Qué era? ¿Una alucinación?

—No sé.

—¿Qué piensas?

—No sé si era nuestra madre. Sólo estoy segura que no dejo de odiarla.

Ella fue por otro caballito, lo sirvió hasta el borde y rellenó el suyo. Él tomó uno. Ambos se lo acabaron al mismo tiempo, de un solo trago.

Enjambre

Se conocieron en una fiesta. Con una seguridad alcoholizada, Héctor se acercó a Karla. Hablaron de cine serie B, italianadas, ciencia ficción de los cincuenta, zombis, Gamera; ella le contó que era fotógrafa y él mencionó su trabajo en un despacho jurídico. Intercambiaron teléfonos.

De regreso a su casa, mientras el taxista hablaba de política, Héctor se preguntaba cómo sería la primera vez que la besara, si sus manos y pies eran fríos, si se vería mejor desnuda que con ropa. Lo único que no le gustó de Karla fue su voz: nasal y aguda. Pero que tuviera un defecto la hacía real, humana. Esa noche, Héctor durmió feliz.

Esperó una semana y le marcó. Quedaron de tomar un café al siguiente día. Estuvo la mañana entera distraído. Le hormigueaban las manos cada vez que se acordaba de ella y se le hacía un hueco en el estómago.

La citó en un café del Centro. Llegó vestida con un cardigan rojo y unos jeans ajustados; a Héctor le pareció el traje de una termita reina. Comenzaron por preguntas simples: ¿cómo

acabaste ese día?, ¿qué tal tu semana?, ¿qué has hecho?

Karla habló de fotografía: tiempos de exposición, apertura del diafragma, sensibilidad de la película, de la falsa superioridad de lo analógico sobre lo digital. Comparó la fotografía con la caza: una buena foto es aquella que se dispara con el cuerpo entero, con el sistema nervioso perfectamente calculado para ponderar, en menos de un segundo, la luz, el encuadre, el momento. Según ella, el fotógrafo otorgaba la eternidad en un disparo.

Mientras hablaba, Héctor creyó ver que se hacía ligera, como si pesara menos que un mosquito. Era más alta que él, con una nariz recta y ligeramente aguileña, ojos grandes y cafés, cara alargada, pelo iridiscente como un escarabajo enjoyado; incluso sus dientes, polillas blancas y perfectas, le gustaban.

Cuando ella se levantó al baño, Héctor se fijó que Karla movía la cadera con un ritmo oscilante y festivo, como el de una libélula. Se entreveía, a causa de los jeans, la piel de su espalda baja, erizada por el frío de la tarde.

Hasta él, un abogado sin pretensiones estéticas, podía reconocer la belleza cuando se le estrellaba en la cara.

Sonrió.

La acompañó a su auto después de tres horas en el café. Se despidieron con un “Nos hablamos en la semana”.

En el trayecto a su casa, Héctor se puso nervioso: ¿y si la aburrió? ¿Qué tal que Karla sólo había fingido por amabilidad y nunca más le contestaría el teléfono? ¿Se dio cuenta de que su risa, desagradable como su voz, lo había incomodado al principio? ¿Estaba saliendo con alguien más? No quería creer en un enamoramiento tan rápido, pero negar lo obvio era de necios. Miró a la gente en la calle: solitarios, cabizbajos, cansados. De la emoción, sentía que flotaba algunos milímetros por encima del suelo. Le dio vergüenza lo cursi que eso era.

Contrario a todo su nerviosismo, Karla aceptó tener una segunda cita con él. La noticia le alegró la semana, aunque dos días salió del trabajo a la una de la mañana. Quedaron de verse el jueves en una cantina al sur de la ciudad. Después de tres cervezas, Héctor le preguntó por sus fotografías.

—Me da pena —dijo con su voz horrible.

—Ándale, déjame verlas.

Sacó su cámara digital.

—A ver si te gustan —apuntó, con la cara roja como una catarina.

Las fotos eran primeros planos de cabezas de insecto. Él nunca hubiera pensado que tuvieran tanta textura, tanto detalle. Y, en especial, que fueran tan expresivos. Una araña parecía burlona; una mantis se veía feliz y satisfecha; una tijerilla insinuaba un llanto; un pez de plata mentía. Estaba impresionado.

Héctor le contó de su fascinación infantil por los insectos, que durante la secundaria quiso ser biólogo pero su papá lo convenció de que eso no era una carrera de verdad. Aún guardaba en su departamento los libros de entomología que compró al terminar la preparatoria.

—¿Qué te parecen? Igual no están tan buenas como las de tus libros.

—Las otras son, no sé, estériles; éstas tienen más vida. Nunca había visto nada tan bonito —respondió Héctor.

No sólo se refería a las fotografías.

Ella sonrió.

Días después, fueron a su primera fiesta juntos. A ella le gustaba tomar vodka con arándano; él sobrevivió la noche con cerveza. Mientras bailaban, se acercó y la tomó de la cintura. La besó y saboreó el azúcar extra que Karla

le ponía a sus tragos. Héctor sintió cosquillas, como si una colmena de avispas caminara por su cuerpo. Cuando se separaron se les escapó una risa.

Se mudaron a un departamento a los pocos meses.

Llevaban ya un año juntos y Héctor no podía estar más feliz. Con lo que ganaban les alcanzaba para rentar una casa con jardín y pudieron comprar una sala, una pantalla plana y un estéreo Bose. Todavía no hablaban de casarse o tener hijos, pero él estaba dispuesto a envejecer con ella; empezó a pagar un anillo de compromiso que iba comerse sus ahorros de un año.

Un día, a las tres de la mañana, como era su costumbre de los miércoles en la madrugada, empezaron a hacerlo. Llegaron juntos al orgasmo, uno profundo, con la sólida base de la rutina y el conocimiento de otro cuerpo cual si fuera el propio. En cuanto el semen tocó la pared vaginal, se desencadenó un segundo orgasmo.

Por unos instantes, Karla reveló su verdadera forma: una inmensurable espesura de bichos.

La cara se deshizo en cochinillas color carne; los brazos eran ciempiés unidos como hebras de una cuerda; la piel, formada de cucarachas aplanadas, se separó lo suficiente para se le vieran las entrañas: millones de orugas sustituían a los intestinos. No había huesos: la estructura humana se sostenía por medio de mandíbulas de escarabajos hércules. Los ojos eran una colonia de langostas blancas. Su cabello se reveló como una maraña de insectos palo.

El enjambre, al darse cuenta del error, volvió a unirse. Héctor la aventó y agarró instintivamente una bata.

—¡Espérate, Héctor! —gritó ella.

Héctor se encerró en el baño, sacudiéndose la entrepierna. Unos alacranes cayeron al suelo y desaparecieron bajo el marco de la puerta.

—¡Abre, por favor! —suplicó.

La voz que se escuchó era un canon: hablaba desde quién sabe qué espacio: una jauría de sintetizadores aullaba lascivamente con cada sílaba, como si alguien raspara un pizarrón. Las voces se separaban por una milésima de segundo; cuando la primera iba a la mitad de una frase, la última comenzaba a decirla: una polifonía apenas comprensible.

—Abre la puerta, por favor —dijo el coro invertebrado. Con cada palabra, el siseo machacaba los oídos de Héctor.

Un par de horas después, Karla volvió a tocar la puerta.

—¿Estás bien? —su voz había regresado a ser la nasal y aguda.

—Por favor, vete.

—Sal y hablamos.

Se oía tan tierna.

—Vete —rogó él.

Karla se vistió, tomó su cartera, su celular y salió del departamento.

—Márcame cuando puedas.

Héctor escuchó la puerta cerrarse y no salió hasta que el escozor de la orina desapareció de sus piernas.

Héctor se mudó con sus papás. Cuando le preguntaron por Karla, respondió que se habían peleado, que no sabía lo que iba a pasar. A pesar de lo que había visto, el concepto de terminar con ella le trajo un vacío en el estómago. No mencionó ojos de larvas o piel de grillos, pero empezó a exigir repelente de mosquitos, calidad industrial, gises anti cucarachas en los cuartos y siempre tenía a la mano un Raid casa y jardín.

Una tarde, su padre trajo jumiles. Al verlos, Héctor cogió su insecticida y bañó la mesa hasta que la lata quedó vacía.

Durante un mes no contestó ni las llamadas ni los mensajes de Karla. Todos eran similares: “Sólo dame una oportunidad para hablar. Te amo”, “Si quieres terminar aquí, está bien, pero vamos a vernos”, “No tires a la basura lo que hemos vivido”, “Me estoy muriendo sin ti”.

La ausencia de Karla empezó a minarlo. El recuerdo de los desayunos que hacían juntos, cómo roncaba, cómo siempre se alegraba cuando lo veía. Su cuerpo, su cara; el sexo en la cocina, el baño, la cama, el balcón. Sus fotografías.

Mató una mosca y se sintió culpable. ¿Qué tal si era el pezón de un niño al final de la cuadra? Cambió de opinión inmediatamente y arremetió, con furia y chancla, contra el cadáver.

Un jueves por la noche, veía el Discovery Channel: pasaban un programa sobre la vida sexual de las babosas; los falos salían de la cabeza y se mezclaban en una especie de flor traslúcida. Así intercambiaban material genético para después, en soledad, parir. Héctor se

horrorizó y enterneció al mismo tiempo. Extrañó a Karla y le envió un mensaje:

“¿Dónde estás?”.

“En el departamento. Por favor, vamos a ver-
nos. Te extraño muchísimo. Sólo quiero ha-
blar”.

Tardó tres horas en contestar.

“Te veo allá a las ocho”.

“Aquí te espero”.

Aventó el teléfono a la cama. No creía lo que estaba a punto de hacer. Pensó en romper la cita, mandarle un último mensaje y cortar cualquier tipo de relación. No iría por ropa ni por la tele, que se las quedara, no quería saber más de ella. El último pensamiento le tensó los brazos.

Afuera llovía. En el marco exterior de la ventana, vio una mariposa que luchaba por levantar el vuelo: sus alas, agujeradas por el agua, eran de color malva, pálidas y frágiles; le faltaba una pata, y la lengua, antes un espiral perfecto, colgaba de forma miserable.

Héctor tomó una chamarra y salió.

Media hora después, estaba enfrente del edificio. El reloj marcaba las ocho. Saludó al vigilante, tomó el elevador y llegó al octavo piso.

Suspiró. Estaba cansado. No sabía qué iba a decir.

Salió al pasillo y caminó hacia la puerta de su departamento. Respiró profundamente y tocó.

Cuando Karla vio a Héctor frente a ella, una cochinilla se descoyuntó de su labio; la retuvo con la mano izquierda. Se quedaron en el umbral de la puerta.

—¡Héctor! —salió el millón de voces seseantes.

La boca de Héctor se llenó de un sabor ácido; aguantó las arcadas.

—No creo poder soportar esto. Sea lo que sea —dijo él. La miró. Era hermosa. Recuerdos aglomerados en un segundo: lo que esos ojos le habían dicho, las veces que lo vieron con cariño, la mosca a la que le tuvo lástima, las babosas que hacían el amor, la mariposa moribunda en la ventana.

Estaban a punto de llorar; la notó tan frágil, tan perfecta.

—¿Ya no me amas? —preguntó ella.

Ahí estaba frente a él lo que siempre había querido, la persona que lo hacía feliz. ¿Cómo no amarla?

—Sí, pero...

—Sólo eso importa —estriduló el coro de insectos.

¿Realmente sólo eso importaba? ¿A quién o a qué amaba? Si uno de esos bichos se perdía, ¿lo extrañaría?, ¿lo cuidaría de que nadie le hiciera daño? Karla estaba ahí enfrente, fuera lo que fuera, era Karla.

—Sí, sólo eso importa —dijo él.

Héctor sonrió, sincero; no podía negar lo que sentía. A ella se le salió una lágrima de felicidad (que en realidad era una larva traslúcida). Los insectos lo rodearon, cubrieron su cara, sus brazos, se refugiaron en sus oídos. Él los dejó hacer. Un millón de abrazos, un millón de caricias, un millón de besos.

Ojo de gallina

Una gallina pica el ojo derecho de un niño, justo en la córnea. El ojo revienta como un globo lleno de agua y el humor vítreo escapa del cuerpo en un chorro blanco. El niño suelta la gallina, que se va corriendo. En el suelo, el niño llora y grita y sus padres se acercan para ver qué pasa. De nuevo, el ojo revienta, la córnea escurre junto con el líquido blanco, después gris porque hay mucho polvo. En reversa, el líquido blanco regresa al ojo y un pico de gallina sale, reparando el agujero. La gallina salta de los brazos del niño al suelo, el niño sale del corral, caminando hacia atrás, una piedra llega a su pie y lo empuja y camina otra vez para atrás. Hacia adelante: el niño pateo la piedra y entra al corral, agarra a la gallina, se la pone cerca de la cara, le dice “Cloccllocloc” y la sacude; la gallina le pica el ojo y el humor vítreo escapa del cuerpo.



José se despertó agitado, con sudor en la parte baja de la espalda, la nariz tapada y un dolor en el ojo derecho. Sentía pulsar el órgano y cómo resonaba en la cuenca de hueso. Se le

vantó al baño y vio que su ojo estaba cubierto por una membrana blanca, como la capa que le sale a los huevos cocidos. “Cataratas”, pensó. Miró el reloj. Tres de la mañana. Regresó a la cama con la paranoica idea de quedarse ciego; se calmó después de un rato: “Tranquilo, las cataratas se operan”.

Habló en la mañana a su oficina.

—Desperté con algo dentro del ojo y me duele mucho. Supongo que no es grave, pero voy a ir al doctor.

—No hay bronca, Pepillo —contestó la jefa—. Revísate bien y avísame si necesitas algo. Te pongo la falta como día económico, ¿no?

José colgó y revisó su cartera; tres billetes de doscientos se convertían en seis por efecto del ojo derecho.

Llegó a la clínica oftalmológica que estaba a unas cuadras de su casa. Pasó al consultorio después de cinco minutos de ojear revistas en la sala de espera.

—Dígame, ¿qué le pasa?

—Me salió algo en el ojo derecho —contestó José.

El médico le abrió el párpado y lo revisó con una lámpara blanca y delgada.

—Siéntese en el aparato, por favor.

El médico señaló una especie de lentes enormes, con ojos de distinto tamaño a cada lado, se colocó del otro lado y empezó a mover una palanca. Tomó unas instantáneas con la máquina; las vio un par de minutos.

—¿Ve doble o borroso?

—Las dos cosas.

—¿Desde cuándo tiene molestias?

—Hoy en la madrugada. Creo que es una catarata.

—El cristalino parece estar sano —reviró el médico—. Más bien esa opacidad es como otro lente. ¿No le ha entrado nada? ¿Una basura, polvo?

—No.

—Puede ser pterigión. Si pasa mucho tiempo frente a una computadora, descanse unos minutos cada quince. Le voy a recetar unas gotas. Si no aguanta el dolor, tómese un paracetamol. Regrese en una semana.

José fue a la farmacia y compró lo recetado. Ahí mismo, en la calle, se puso tres gotas. Regresó a su casa. Se sentó en la sala y empezó a ver la televisión. El dolor llegó otra vez. Fue a al baño y encontró una caja de paracetamol, se tomó dos pastillas, sin agua, y regresó a la sala. Se acostó. Eran las once de la mañana.



El niño, con el ojo derecho desinflado. Su madre lo mira. La gallina corre en círculos. El niño la alcanza y le mete el dedo en ese minúsculo ojo de ave. Su madre lo mira. La gallina se retuerce, intenta zafarse. El niño saca el ojo derecho de la gallina, la suelta; ésta corre y cacarea de dolor y sangra. El niño introduce el ojo de la gallina en su propio ojo; presiona hasta que se desorbita. Su madre lo mira. El ojo es una bola negra que excede la cuenca. Crece y alcanza el mismo tamaño que la cabeza del niño. No hay iris ni córnea. Parece un globo lustrado y lleno de agua. El peso lo vence y el niño cae sobre la bola negra; la revienta. El niño no se mueve. Su madre lo mira. La gallina picotea la tierra mojada alrededor de la cabeza. La madre la mira.



José despertó. El ojo le punzaba. Vio el reloj de la cocina. Tres de la mañana. Tomó las gotas de su bolsillo y aplicó cinco. Fue al baño y se miró en el espejo. Poco a poco, su ojo derecho recuperó la visión normal. Se sintió aliviado.

Sin prisa, se preparó para ir a trabajar. Después de un baño largo, se sentó a ver la tele-

visión. Cambió de canal sin que nada llamara su atención hasta que sintonizó un documental sobre la vida de los pigmeos. Notó que las caras que salían en la pantalla tenían el ojo derecho minúsculo, como si tuvieran uno humano y otro de gallina. Los rostros estaban llenos de asimetría: un párpado de tamaño normal, con pestañas, córnea e iris; del otro lado, un órgano de medio centímetro, abierto tozudamente, negro, con callosidades rojas. Cuando los pigmeos parpadeaban, lo hacían dispares: por un parpadeo del ojo humano, había otros muchos del de gallina. “Dios mío, lo que uno se puede encontrar”. Sonrió frente a la ridiculez de las caras hasta que el antropólogo, o quien estuviese hablando con ellos, un hombre blanco y rubio, giró hacia la cámara. Él también tenía un ojo de gallina.

José corrió al baño; se miró en el espejo: dos ojos humanos. Pensó que tal vez era una enfermedad rara de Sudamérica o algún problema con la señal. Se mojó la cara. Volvió a verse. Todo estaba en su lugar. Se terminó de vestir y apagó la televisión.

Horas después, salió hacia su trabajo, cerró la puerta del departamento mientras su vecino, de espaldas, cerraba la suya. José aventuró un

“Buenos días”. El vecino se volvió; la sonrisa se le desfiguraba con un ojo derecho de gallina. José, sin esperar respuesta, bajó las escaleras. Salió del edificio. Su respiración se entrecortaba por el esfuerzo y por la imagen de la cara del vecino. Fue a la tienda de la esquina a comprar unos cigarros. El tendero lo recibió con un ojo de gallina. Se alejó rápidamente y empezó a encontrarse más gente en la calle. Todos con un ojo de gallina. Un niño de brazos lo miró, también con ojo de gallina. El ojo derecho de José punzó incontrolable. Bajó la mirada y se lo cubrió con la mano. Cuando alzó la cabeza chocó con una señora: dos ojos normales. Dijo “Disculpe” con una sonrisa. Se quitó la mano de la cara. El ojo de gallina apareció al instante. José se desmayó.



Un ojo de gallina se abre y se cierra. Mira de frente, parpadeo; mira de lado, parpadeo; mira hacia abajo, parpadeo. Un dedo se acerca y lo presiona. El dedo aplica más fuerza y otros se suman hasta que el ojo revienta. Entre un pulgar y un índice, se sostiene el órgano amputado. La cara del niño de frente. Se lleva el ojo de gallina a la cuenca del ojo derecho. La cuen-

ca se reduce, los huesos del pómulo estiran la piel, expulsan un ojo humano, ya plano y seco. La piel cicatriza y, en medio, desgarrando músculo, el ojo de gallina emerge.



José despertó. Seguía tirado en la banqueta. La señora con ojo de gallina y muchas otras personas más con ojo de gallina lo veían. “Háganle espacio. Déjenlo respirar”. Un hombre le preguntó “¿Te sientes bien?”. El ojo de gallina estaba demasiado cerca y lo miraba de frente, nervioso como todos los ojos de ave. José gritó; empujó otros ojos de gallina y, tapándose la mitad de la cara, regresó a su casa.

Subió corriendo las escaleras, sacó las llaves. Sus manos no atinaban a abrir la cerradura. Respiró tres veces y abrió la puerta. Entró al baño, miró su imagen en el espejo. El dolor regresó. Dos pastillas más de paracetamol; sin efecto.

Habló a su trabajo, la voz apenas le salía.

—Hola, jefa. Soy José.

—Pepillo, ¿qué tal con el doctor ayer, todo bien? Te oyes raro.

Necesitaba una buena excusa, no iba a decirle que no podía a ir a trabajar porque todos en el edificio tendrían un ojo de gallina.

—Más o menos. Dice que tengo pterigión.

—¿En serio? ¿Cómo está la cosa?

—Sale por estar mucho tiempo frente a la computadora. El doctor me dijo que descansara unos días.

—No hay bronca, Pepillo, ahorita la chamba está calmada. ¿Cuándo regresas?

—¿Me puedo tomar hasta el lunes?

—Va, pues, cuídate y mejor ve esto con el seguro, para que no te cueste.

José colgó. Su ojo seguía punzando.

Fue a su cuarto, se puso las gotas, apagó la luz y cerró las cortinas. Se acostó boca abajo sobre la cama.



El niño con ojo de gallina se agacha y saca un gusano de la tierra. Lo mira, lo aplasta y lo parte en dos. Tira una de las mitades y la otra se la lleva a la boca. Lo mastica y se lo traga; el ojo de gallina vibra en éxtasis. Negros. El niño se agacha, saca, mira, aplasta, parte en dos, tira una mitad, come la otra, mastica y traga; el ojo vibra. Negros. El niño se agacha, saca, mi-

ra, aplasta, parte en dos, tira una mitad, come la otra, mastica y traga; el ojo vibra. Negros. A la quinta, el ojo de gallina supura un líquido amarillo y se llena de lagañas marrones. El niño carraspea. El ojo de gallina cuelga sobre la mejilla. El niño lo arranca. Se lo come de un bocado y mastica el nervio. Negros. El niño se agacha, saca, mira, aplasta, parte en dos, tira una mitad, come la otra, mastica y traga; el ojo vibra. Negros.



José se levantó acalorado. Le sudaban las manos y tenía lagañas en los ojos. No quiso abrir las cortinas ni prender la luz. Miró el reloj. Tres de la mañana. Decidió ver a un psicólogo. Entró al baño, abrió la regadera y se miró al espejo. Su cara, normal. Se tapó el ojo derecho para notar algún cambio. Nada. Se rasuró, se cortó las uñas y tomó una ducha larga. Salió del baño y miró su reloj. Eran las ocho y media. Le marcó a su madre.

—¡Hola, Pepe! ¿Cómo estás?

—Un poco atareado de la chamba.

—Te oyes cansado, ya no trabajas tanto. ¿Qué vas a hacer el fin de semana? Viene tu

hermano a la casa y vamos a preparar una carne asada. Tu papá compró arrachera.

—Sí, sí voy. Oye, ¿te acuerdas de tu amigo Raúl? El psicólogo. ¿Sigue dando consulta?

—Te paso el teléfono. ¿Todo bien?

—Sí, sólo se me antojó ir. Por esto de la presión.

—Ay, mijo, pues cuídate y nos vemos el fin. Te paso a tu papá.

José habló con su padre y colgó el teléfono. Le marcó al psicólogo y agendaron una cita al día siguiente a las nueve de la mañana. José se fue a acostar.



Una cabeza de gallina sin el ojo derecho cae al piso el niño la toma y la observa con su ojo de gallina la huele hace una mueca de asco aun así la muerde y le arranca el pico lo mastica rompe el cartílago con paciencia el niño traga mastica las plumas son más difíciles de comer que el pico lucha por tragarlas lo hacen toser rompe el cráneo y sorbe el cerebro su abdomen se convulsiona en arcadas roe el cuello y se sienta para acabarse el resto de la cabeza.



José no necesitó ver el reloj para saber que eran las tres de la mañana. Abrió la cortina. No había nadie en la calle. El ojo derecho punzaba. Fue al baño y buscó las gotas pero no recordó dónde las había puesto. Abrió la llave del lavabo y se mojó la cara. Se miró al espejo. Sintió que el párpado se tensaba, como si lo estuvieran presionando desde adentro. Oyó un chasquido y un líquido empezó a escurrir por el lagrimal derecho. Su respiración se aceleró. Los tendones de sus antebrazos se acalambra-ron. Volvió a enjuagarse la cara y vio que el lavabo se llenaba de una sustancia blanca. Del ojo derecho de José comenzó a surgir algo duro y amarillento.

Primero fue un pico, luego unas plumas mo-
jadas. La presión de los tejidos expulsó una ca-
beza de gallina, que el lavabo —lleno de agua,
sangre y blanco— recibió con pocas salpicadu-
ras. José miró la cabeza; le faltaba el ojo dere-
cho. Regresó la vista al espejo. De donde salió
el pico, empezaba a surgir una esfera de medio
centímetro. Un ojo de gallina brotó triunfante
entre esa masa roja. Mientras el ojo humano
parpadeaba una vez, el de gallina lo hacía mu-
chas más. Con los dedos índices de ambas ma-
nos sujetó el de gallina y empezó a apretarlo

como si fuera un barro. José lo reventó y le do-
lió hasta la base de la espalda. La cuenca dere-
cha sangraba negro y lagañas cafés corrían por
sus mejillas. Sintió un vacío en el estómago. Se
llevó la mano a la cara y buscó una toalla para
limpiarse. Tenía entumida la parte derecha de
su cuerpo.

Abrió la regadera. Pensó en cómo le iba a ex-
plicar esto al psicólogo, cómo le iba a explicar a
cualquiera por qué se había mutilado. Se miró
en el espejo. No pudo distinguir qué tan desfi-
gurado estaba porque una membrana blanca
cubría su ojo izquierdo.

La cara que pintó el diablo

Llevaba más de veinte años viviendo en la capital. Ejercía de médico cirujano con renombre por mis estudios en las nuevas ciencias de la mente; estaba yo a la orden del día con los avances de Francia y Kraepelin. Aunque le prometí a mi madre regresar con frecuencia a Michoacán, la fama me quitaba tiempo: conferencias, clases, estancias, clínicas y demás pospusieron tres meses mi encuentro con mi tierra, luego seis, luego once, hasta que pasaron quince años.

Una mañana de domingo desperté con unas tremendas ganas de regresar.

La excusa para volver llegó con las cartas de un primo —del cual no tenía noticia: Damián Pinón—, quien me solicitaba que cuidara a su hijo por unos meses en una hacienda cerca de Pátzcuaro. Necesitaba un descanso y el compromiso personal fue suficiente excusa para que el rector de la universidad me adelantara el sabático.

En el camino, releí las cartas. Su hijo estaba enfermo y quería que lo acompañara durante su ausencia; de ser el caso, volverme su médico personal. Me ofreció la tranquilidad del

campo y un sueldo casi del doble que el de la universidad; explicaba que su segunda esposa había muerto en Boston y que el transporte del cadáver podría demorarse. Además, estaba el problema de los bienes intestados, la ineludible pelea con los suegros y los cuñados, etcétera.

Me tomé una semana en Morelia para reencontrarme con la familia. Mi madre y mi tía, una viuda y la otra solterona, me hicieron una fiesta. Mis tíos lamentaron no haberme visto en tanto tiempo, más de una prima me gustó y amigos de la infancia celebraron mi venida y lamentaron el deceso de mi padre, quien ya tenía bastante enterrado pero, según sus palabras, “el pésame no conoce de calendarios”.

Después de un día a caballo, llegué a una finca hermosa, escondida entre árboles. Las paredes estaban cubiertas de enredaderas y los marcos de madera de las ventanas daban una personalidad casi humana a la fachada: parecía un niño verde, enorme y obeso al sonreír. Le devolví el gesto.

Me recibieron los criados: el caballerango, que vivía en el pueblo a unas seis horas a pie; la sirvienta, cuyas funciones también eran de cocinera y ama de llaves; el jardinero, un hombre hosco y de pocas palabras; y una enfermera.

Estaban informados de mi llegada, me tenían un cuarto preparado y un almuerzo. Mi sobrino no salió a recibirme.

Después de comer, calculé que era más de las tres de la tarde y seguramente Pinón hijo estaría despierto. Le dije a la cocinera que, cuando le llevaran alimento, la acompañaría. La enfermera adujo la precaria salud de mi sobrino y que no debería apresurar el encuentro. No hice caso y seguí a la cocinera. En trío, recorrimos la escalera circular que subía desde la cocina, llegamos al segundo piso y dimos la vuelta hasta el extremo opuesto de lo que sería mi cuarto. La cocinera tocó la puerta. Una voz débil autorizó la entrada, ambas mujeres bajaron la cabeza y, las vi santiguarse. En la bandeja, la taza de té empezó a tintinear contra un plato de fruta.

Entramos. Olía a jazmín con humedad y la luz, que apenas entraba a causa de las cortinas dobles, daba al cuarto una densidad acuática. Sentado en su cama, con los muslos cubiertos por una cobija y recargado en almohadas, conocí a mi sobrino.

—Buen día. Usted debe ser mi tío. Me llamo Pascual y me da un gusto enorme conocerlo.

Sus modales refinados armonizaban con su débil complexión. Era delgado hasta lo risible y su piel casi transparente. Portaba un bigotillo incipiente y los ojos brillaban con una alegría atravesada por el abandono. Su nariz era chata y la fosa izquierda doblaba el tamaño de la derecha a causa de labio leporino. Sufría de estrabismo. El mentón era retraído y poco potente. La oreja derecha, un muñón, y la izquierda, en punta a noventa grados desde su cabeza. El cabello era ralo y anunciaba su retirada total en unos meses. A pesar de la fealdad, que creí comparable a la de un sapo, reconocí la dignidad fisonómica de la casa de mi madre.

—Buen día —respondí—. Soy Arturo Landeros y estoy aquí para cuidarte a ti y a esta hacienda.

Sonrió. A pesar del bigote (o a causa de él), se notaba un niño que apenas dejaba de serlo. Me ofreció una disculpa por la mala facha, alegó que su enfermedad lo ataba a su habitación y no creía conveniente estar en la cama con ropa de calle. Me relajé al instante y olvidé la impresión que me causó su rostro. Su sonrisa, su fragilidad y la manera en que trozaba la fruta despertaron mi inclinación paternal.

Platicamos durante su almuerzo. Le informé de mis estudios, de lo que me interesaba y anhelaba. Por su parte, él contó que no conocía más que su cuarto y lo que alcanzaba a ver por la ventana. Me platicó que su único escape eran los libros y me mostró el librero que estaba al lado de su cama. Había autores de apellidos franceses, alemanes y españoles, de los cuales no tenía noticia. Me alegró el ímpetu intelectual de Pascual. Le pregunté por su padre; respondió que casi nunca lo veía, que los negocios y viajes les impedían una relación más cercana. La conversación sobre su madre fue expedita: murió cuando Pascual tenía tres meses de vida. Desde entonces, la enfermera y la cocinera habían llenado esa figura materna, ya que la segunda esposa de su padre apenas le habló durante sus cinco visitas a Michoacán. Me preguntó más sobre mis estudios y se mostró dispuesto a conocer los textos a los que dedicaba tanto tiempo. Prometí prestarle alguno de fisiología o de ciencia de la mente.

Lo dejé descansar y le propuse que nos viéramos al siguiente día para el desayuno. Se emocionó y apretó las manos sobre su regazo. Salí satisfecho de la habitación. Pero no todo fue tranquilidad. Durante el almuerzo, mi so-

brino cubrió celosamente su nuca con una tela negra.

El desayuno siguió la misma dirección. Pascual se desenvolvía amable y sereno. Decidí posponer el examen clínico. La plática regresó a los libros. Me confesó que quería escribir algunos cuentos o tal vez intentar una novela, pero para eso era necesario viajar y juntar experiencias. Me causó ternura: estaba ansioso por curarse. En ese momento, pensé que cuidar a mi sobrino sería de las mejores épocas de mi vida. Terminamos de comer y hablamos un par de horas más. Corté la conversación, pues necesitaba hacerme cargo de los asuntos de la hacienda. Pascual se entristeció y me hizo prometerle que lo visitaría antes de que se durmiera.

En la tarde, busqué a la enfermera y le pedí detalles sobre la salud de mi sobrino. Ella me contestó que era anémico y desde pequeño su cuerpo enflacaba sin remedio. También me informó que a causa de esta debilidad, sufría una gripe permanente y en invierno debían cuidarlo de la pulmonía. Le interrogué sobre el velo negro y quedó muda. Se disculpó y, mientras se levantaba para irse, dijo que ésa era una manía de Pascual, un hábito anormal pero ino-

cuo. La escuché correr cuando dio vuelta por el pasillo.

Le indiqué a la cocinera que el régimen alimenticio de Pascual se modificaría. Le enumeré alimentos prohibidos. Resalté que el cambio debía ser gradual para evitar problemas intestinales, lo cual me recordó que era necesario pedir unos ungüentos y medicinas al farmacéutico. Fui con el caballerango y le encargué los medicamentos. Me dijo que a la mañana siguiente mi pedido ya estaría en la mesa del salón.

Busqué al jardinero y le indiqué la forma de cuidar las plantas, le comenté sobre los estilos de la capital, a lo cual asentía desconcertado. Después de muchos rodeos, me di a entender y prometió seguir al pie de la letra mis intenciones.

Anocheció y entre tantos quehaceres olvidé la cita con mi sobrino. Corrí a su cuarto. Toqué pero nadie me respondió. Entré sin permiso. Un vaso de leche y un pan a medio comer estaban sobre su cómoda. Dormía a la luz de una vela. Pascual temblaba con un aire de preocupación. Supuse que sería una pesadilla. Me senté al lado de la cama y lo vi dormir. Soltó un gemido suave y me dio la espalda. Pude ver la

tela negra. Acerqué mi mano. Cuando estaba a punto de retirarla, Pascual gritó. Retrocedí. Mi sobrino seguía dormido; con los ojos cerrados, agitaba la cabeza en convulsiones. La enfermera entró al cuarto. Jaló mi levita con violencia e insistió en que saliéramos de ahí. Me dejé conducir, catatónico por los gritos de Pascual pero más porque oí otra voz junto con los gritos de mi sobrino, que gruñía como animal al morir. Y seguí escuchando el coro incluso cuando ya estaba dentro de mi habitación.

Me levanté cansado. Dormí en automático: toqué la cama, negro e inmediatamente luz de mañana. Me dio miedo. Permanecí acostado un buen rato tratando de entender algo de anoche. Mi cabeza giraba como si estuviera ebrio, buscando alguna explicación sin poder detenerse en ninguna.

Cuando me calmé, fui a ver a la enfermera dispuesto a obtener una respuesta. Pasé enfrente de la cocina. La cocinera me vio y bajó la mirada, lo mismo el jardinero. Llegué al cuarto de la enfermera y toqué con decisión. Estaba ya vestida. Le exigí explicaciones.

—Es poco lo que sabemos —hablaba firme, aunque demasiado bajo—. Usted es el primer médico que visita al niño. Pascual sufre de una

deformidad en la parte trasera de la cabeza. Deduzco que de ahí le viene la debilidad corporal. Pero eso no es lo más grave. El joven Pinón alucina. Usted parecía tener suerte, pues no había sufrido ningún susto por los exabruptos del joven. Hasta ayer. Ni su propio padre lo soporta; tuvo que huir con la señora a Boston. Nadie en esta casa puede estar mucho tiempo cerca de él. Sus palabras son inventos que fluyen de la locura. Soy temerosa de Dios y estoy convencida que lo ha poseído un mal espíritu. Don Pinón me contrató para que cuidara del joven, pero los años acabaron con mi carácter. Ésa es la razón de que usted fuera llamado.

Vi una mujer disminuida por el miedo y el desconocimiento. Quise hablar, pero también estaba desconcertado. Tartamudeé.

—¿Qué deformidad tiene?

—Nació con rasgos humanos en la nuca: una nariz, dos ojos, una boca. En todos estos años sólo me atreví a verla de frente una vez y desde entonces no he podido dormir bien. Ni cuando lo bañaba de pequeño tenía el valor de fijar la mirada en ese rostro. Esa cara la pintó del mismo Diablo, se lo aseguro.

Dejé a la mujer en paz. El misterio se aclaró y mi misión —que mi primo tuvo la imprudencia de no explicar— estaba definida.

Fui a la cocina por el desayuno de Pascual y se lo subí. Toqué la puerta. La vocecilla de mi sobrino me permitió la entrada. Casi tiro la charola cuando lo vi. Estaba desmejorado, me pareció que sus ropas se habían llenado de polvo. Su piel se veía verdosa; sus ojos, sin vida. Me saludó con poco entusiasmo. Noté el velo negro y me imaginé la monstruosidad que debía esconder. Dejé el desayuno en la cómoda y le ofrecí una taza de té. Abrí las cortinas y la ventana. Desayunamos en silencio. Cuando terminamos, hablé sin rodeos.

—Tu padre me pidió venir porque confía en que te puedo ayudar. Conversé con la enfermera y me contó sobre tus padecimientos. Debes estar asustado pero yo no. Si me dejas ayudarte, mejorarás y, en menos de lo que te imaginas, podrás salir y viajar como tanto quieres.

Me miró incrédulo.

—Si decides que te ayude —continué—, necesito que no haya secretos entre nosotros.

Señalé el velo negro; él se lo ajustó más a la nuca.

—No me asustaré. Te lo prometo.

Dudó unos instantes, me dio la espalda y soltó los botones de la tela. Fue una ventaja que Pascual no viera mi reacción cuando me enfrenté a su deformidad.

Asemejaba a Pascual, pero en un grado lejano, como si el rostro de sapo de mi sobrino hubiera sido lavado de todos sus errores. La piel era clara y saludable. La nariz chata y asimétrica de Pascual se convertía en una recta que coronaba desde el centro esa cara celestial. Aunque tenía la mirada perdida, los ojos se encontraban en la proporción perfecta con la frente y el mentón, sin ojeras ni rastro de pelo que arruinara la tersura de su piel. Sus dientes, alineados, y el mentón firme pero sutil trajeron a mi mente las esculturas de Fidias y Policleto. El labio leporino desaparecía para mostrar una boca delicada y unos labios llenos de dignidad. Cual marco, el cabello de Pascual daba la ilusión de que ese rostro surgía, casi a la fuerza, de lo profundo de su cráneo.

Lo senté frente al espejo. Volví a ver la cara, me pareció todavía más hermosa que la primera vez, tanto que daba miedo. Me coloqué detrás de él de manera que veía al mismo tiempo el rostro de mi sobrino y su nuca. Le pedí que cerrara el ojo izquierdo, luego el derecho;

después, abrió la boca, respiró profundamente. A cada movimiento de la cara de Pascual se correspondía uno especular en la de su nuca. Le hice cerrar los ojos y toqué la nariz de la cara trasera con un abate lenguas, le pregunté a Pascual dónde sentía la presión; me indicó el lugar exacto. Le dije que podía ponerse la tela de nuevo y fui a consultar mis libros.

Diprosopia: Pascual tuvo un gemelo. Los cigotos en el vientre de su madre se mezclaron durante la gestación. Pascual fue dominante y absorbió a su hermano; la única traza de mi otro sobrino era una cara que se había asentado en la nuca de Pascual. El rostro parasitaba el sistema nervioso y sólo era una excrescencia. Desde el punto de vista fisiológico, representaba el mismo peligro que un dedo más en la diestra. La debilidad de Pascual se debía a la tristeza y al rechazo. Las alucinaciones que aducía la enfermera eran seguramente síntomas de *dementia praecox*.

Le comuniqué mi diagnóstico. Pascual no se inmutó. Racionalmente, yo estaba tranquilo pero mi sensibilidad se encendió por la injusticia cósmica de tener un Adonis por nuca. Le dije que podía seguir usando el velo, pues para

efectos prácticos y de tratamiento no necesitaba ver ese rostro. Lo dejé descansar.

Si en algún momento pensé en reclamarle a mi primo el abandono de su hijo, ahora lo comprendía. También me dieron lástima la enfermera, la cocinera, la madre, la madrastra y los empleados que tuvieron que servir a Pascual y observar en algún momento ese rostro. Quien más me preocupaba era mi sobrino: él tenía que vivir para siempre con eso pegado a su nuca, además de saber que una deformidad lo opacaba en belleza. Que nos opacaba a todos.

Seguí la rutina con mi sobrino, desayunaba y cenaba con él. El resto del día revisaba los asuntos de la hacienda y estudiaba mis libros. Pascual mejoró y llegamos a tener una relación afectuosa. El único problema fue la vergüenza de mi sobrino, puesto que conocía su secreto. En algunos momentos, se relajaba, aunque de seguro presentía que me incomodaba su condición anatómica. Y era cierto, pero debía sacrificarme y apoyarlo. Mi papel como médico y ser humano era sostenerlo moralmente.

Comentábamos sobre libros, le informaba de los avances en el campo científico, hacíamos planes para cuando se recuperara. Algunas

tardes calurosas, intentábamos dar una vuelta por los terrenos de la hacienda, pero el aire de campo lo hacía toser. La salida de Pascual se extendió sólo al pasillo y al jardín interior—que estaba hecho una maravilla, por cierto—. Empezamos a leer juntos; yo, mis gruesos volúmenes de histología y él, sus novelas. Sólo nos separábamos para dormir y cuando mis obligaciones me obligaban a ir al pueblo. El resto del día, entre bromas, nos inventábamos historias y métodos para molestar a la enfermera.

Pascual se notaba mucho mejor que aquella noche de los gritos. Lo veía como un adolescente típico, flaco y sin mucha fuerza, pero lleno de esperanza. Si acaso, se mostraba inquieto al separarnos por la noche. Me pedía que le leyera y que me quedara con él hasta que lo venciera el sueño.

Nuestras tertulias nocturnas se volvieron tan frecuentes como las diurnas. Por el día éramos alegres y disfrutábamos de nuestra compañía de forma efusiva; por las noches la dinámica se volcaba en tranquila. Siempre me tensaba permanecer en el cuarto de Pascual durante el ocaso, pero por la salud de mi sobrino me controlaba y fingía sonrisas. Con ternura, imaginé las noches que pasó sin conciliar el sueño, con

su gemelo en la nuca y al acecho. Yo estaba convencido de que un poco de mi sufrimiento y nerviosismo a cambio de su tranquilidad era un buen negocio. Aunque nunca pude dejar un pensamiento paranoico: seguramente, la cara y mi sobrino dormían a horas contrarias; ese rostro quería que lo viera de frente y le sostuviera la mirada.

Hubo un conflicto con los límites de los cultivos y tuve que ir por seis días a los juzgados del pueblo. Bien pude haber rentado una habitación, pero la idea de abandonar a Pascual tanto tiempo me parecía una crueldad. La rutina siguió igual, sólo que por el cansancio de los viajes yo dormitaba casi todo el tiempo que pasaba junto a él. Un día, me hizo una confesión.

—¿Puedo hablarle sinceramente, tío?

Estaba exhausto y le respondí que sí con la cabeza. Intenté mantenerme alerta pero mi mente divagaba. Lo que entendí de esa noche fue algo fragmentario —casi aforístico— que no se asentó en mi conciencia hasta bien entrada la tarde siguiente.

—¿Puedo hablarle sinceramente, tío?... Esta cara maldita. Me habla. Me habla desde el infierno... Se lo juro. Alguna vez la enferme-

ra dijo que lo invento, pero no. Usted me cree, ¿verdad?... No crea en la belleza. El Diablo se oculta en lo que nos atrae... Cuando usted está, me deja tranquilo... Usted hace tanto por mí. Me acompaña. Tal vez será su profesión médica, pero esa paciencia es sólo de un santo... A veces quisiera parecerme un poco a él, pero luego recuerdo que es pura vanidad y tentación... Eso no es mi hermano. Le juro que me habla, me dice cosas terribles... No puedo confesárselas. Es demasiado. Me habla dentro de la cabeza. Lo siento resonar atrás de los ojos... Quiero que me ayude, tío. Usted sabe la técnica. Debe haber alguna manera de librarme de eso... Por favor, es lo único que le pediré en la vida... Por favor.

Mientras me perdía en el sueño, escuchaba la voz de Pascual y la de aquella vez, profunda, animal: coreaba a mi sobrino en un tono imposible para la garganta humana.

No supe cómo llegué a mi cuarto. Ahí amanecí, con la ropa de calle puesta.

A la mañana siguiente, repasé mis lecciones sobre la *dementia praecox*. Los síntomas estaban ahí: depresión, desesperación, alucinaciones, delirios paranoides. No me convenció el uso de barbitúricos. Opté por vaporizaciones de

alcanfor; con eso se relajaba y hablábamos con libertad. Le pregunté por sus recuerdos más viejos. Él se extendió sobre historias tristes de la niñez; y digo tristes porque eran repetitivas: se reducían a lo que podía ver desde su ventana, hasta que estuvo tan débil que no pudo levantarse. Me decía que me apreciaba y que ni de su padre recibió un apoyo así. Era un extraño en su propia casa, sin amigos, sin haber ido nunca a la escuela, educado por los libros.

La mente de Pascual me sorprendió: incluso sin estímulos de convivencia, había creado un mundo propio bastante parecido al real. No tenía un carácter arisco ni exabruptos agresivos. Pensé que sin la deformidad en la nuca, la *dementia praecox* nunca se hubiera desarrollado. Otra parte de mi diagnóstico fue que a causa de la soledad, se creó un interlocutor. La cara fue ese segundo, aunque la conceptualizó como sobrenatural. Decidí no recurrir a medicamentos fuertes. Me limitaría a acompañar a Pascual hasta que la sensación de soledad se superara. Con ella, se iría el delirio y quedaría yo.

Decidí indagar sobre los pormenores de la alucinación de Pascual. Consideré que era el tiempo justo para conocer lo que se imagina-

ba y así combatirlo al mostrarle la irrealidad. Platicábamos en su cuarto después de cenar y abordé el tema directamente.

—Necesito que me cuentes lo que oyes por la noche —dije, en tono amigable.

Él se turbó. Estrujó las cobijas y empezó a parpadear muy rápido.

—No te preocupes —le tomé la mano—, sabes que puedes decirme lo que sea.

Después de un silencio, Pascual me relató lo que le decía la cara. Eran imaginaciones sobre el fin del mundo, sobre un dios hecho de nervios y tendones que se acercaba a la Tierra para repoblarla; que ese dios le había puesto su nombre, que lo amaba pero lo iba a destruir por instinto sádico. Me contó que la cara en su nuca era un apéndice y mensajero de esa deidad. Según el delirio, su madre fue la primera víctima: el dios de nervios y tendones la había desmembrado por haber dado a luz. En esta versión, su padre era parte de un culto que se encargaría de esparcir la palabra de los nervios divinos. Le pregunté sobre mí.

—Cuando usted llegó, tío, la cara habló más que nunca. Pero no le creo. Sé que mi padre a su manera me quiere y que mi madre murió porque las personas no son eternas. Usted es

mi confidente, mi médico. Le debo esta época de alegría.

—También atesoro tu compañía, pero no me has dicho qué dice sobre mí.

Volvió a arrugar las sábanas y se puso pálido.

—No quiero decirle.

—Necesito que me digas. Si no, no puedo ayudarte.

—Dice que usted está aquí para matarlo pero que él lo matará primero.

—No le crees, ¿cierto?

—No. Sólo que ahora es diferente: lo dice más convencido, furioso.

En lugar de tomar profesionalmente lo que dijo Pascual, las palabras se asentaron en mi mente con violencia. Las pensaba incansablemente y algunas veces llegué a sentirme amenazado, pues durante un tiempo creí que una sombra me seguía por las noches desde el cuarto de mi sobrino. Cuando entraba en juego la parte más racional, ese sentimiento de persecución era evidentemente un efecto secundario del tratamiento, una especie de transmisión que asumía para curar a mi sobrino. Tal lógica me mantuvo en equilibrio hasta la noche del sueño. Fue un día fecundo con mi sobrino.

Hablamos de los sentimientos hacia su padre y de lo que pensaba de su madrastra, de la situación de abandono y de su relación con los habitantes de la casa. Salí de su cuarto en la madrugada; él dormía y yo me acerqué al barandal para ver el jardín a la luz de la luna. Me asaltó el sentimiento de persecución, estaba seguro que algo se erguía tras de mí. Giré la cabeza: oscuridad y la puerta de Pascual. Caminé por el pasillo y decidí bajar al jardín para relajarme.

Cuando entré, vi al jardinero, lo cual me pareció notable por la hora y porque vestía de frac. No me saludó y regresó a su trabajo. Cuando me dio la espalda, pude ver que un velo negro cubría la parte trasera de su cabeza. Me acerqué colérico y dispuesto a retarlo, incluso a golpes. Lo giré hacia mí y luego lo puse de espaldas, arranqué el velo y vi la cara del jardinero en su nuca. Lo giré de nuevo y ahí también estaba su cara. Las dos se burlaban de mí. Lo empujé y se golpeó con el borde de la fuente. La sangre empezó a manar.

Desperté. Era de madrugada y por la ventana se veía el campo lleno de niebla, la temperatura había descendido y el frío se colaba por las ventanas. Escuché que alguien tocaba a mi

puerta; oí la voz de la cocinera, me anunciaba que el desayuno estaba listo. Abrí. Dejó una taza de agua caliente y una bolsita cerrada de té. La abrí y dentro de ella había una cabeza de jíbaro con los mismos rasgos que la cara en la nuca de Pascual, la tomé y la giré. Del otro lado, detrás de un velo negro, estaba la cara de sapo de mi sobrino, reducida por artes oscuras al tamaño de una manzana. Empecé a remojar la cabeza y el agua se tiñó café. No tenía cuchara para mezclar el azúcar.

Desperté. Me dolía la espalda porque dormí en una silla al lado de Pascual. Tal vez de la postura derivaron mis dos pesadillas. Me levanté con cuidado para no perturbar el sueño de mi sobrino. Abrí la puerta, salí y estaba de nuevo en el cuarto de Pascual. Me sentí desorientado y estúpido, di media vuelta y crucé el umbral: frente a mí, mi sobrino en un sueño apacible. Volví a dar la vuelta, otra vez el cuarto de Pascual. Intenté salir por la ventana y entré de nuevo al cuarto. Seguí caminado durante horas, atravesé miles de habitaciones, salí por miles de puertas y ventanas, vi miles de Pascuales dormidos. Me senté y, para hacer alguna variación, intenté despertar a mi sobrino; cayó de la cama como un muñeco de

trapo. Pasé al siguiente cuarto y lo mismo. Pateé a algunos Pascuales, asfixié a otros. En una habitación —que marqué con una enorme X de sangre en el piso—, acumulé los cadáveres hasta tocar el techo. Ninguno tenía una cara en la nuca.

Desperté. Durante el día me acompañó una sensación de ligereza, como si no pudiera decir con precisión si seguía soñando. Traté de hacer mis labores diarias y no volví a despertar hasta el día siguiente después de acostarme.

El sueño me dejó inseguro. ¿Cómo seguir el tratamiento de Pascual si yo también me estaba agotando? Los encuentros se enrarecieron: pasábamos largo rato sin dirigirnos la palabra. Él se notaba desmejorado a causa de mi parquedad. Empezó a comer mucho menos de lo que solía. Fallaba mi tratamiento; lo estaba sumiendo en una melancolía peor y podría costarle la vida. Ese último pensamiento me consternó: a una parte de mí parecía no importarle el destino de Pascual. Pero no sólo era indiferencia, también hartazgo y miedo.

Una noche, mientras cenábamos, me preguntó:

—¿Algo ha cambiado entre nosotros, tío?

Le conté mi sueño.

—Son mentiras de eso. No le crea.

—Lo que sucede es que estoy cansado y me sugestioné por tus relatos.

—No, es él quien le habla, pero son mentiras.

—Nadie nos habla. Son invenciones tuyas.

—No sólo yo lo he escuchado, también la enfermera. Y ahora usted.

—Ella es una mujer supersticiosa y yo soy una mente de ciencia. Hay una explicación racional.

—Que no está en mi cabeza; está afuera. No lo invento.

Sus ojos no dudaban. Yo no estaba seguro qué pensar. La literatura médica soportaba mi experiencia de transmisión a causa de la empatía entre mi sobrino y yo: un momento inevitable en la escalera de la cura. Pero esto era demasiado. Me levanté y regresé a mi cuarto.

Al siguiente día fui a cuestionar a la enfermera. Toqué a su puerta. Nadie contestó. Entré. El cuarto estaba escombrado y vacío. La cocinera me informó que la enfermera había abandonado la hacienda la noche anterior sin explicar nada y sin decir a dónde iba. Ni siquiera esperó su salario.

No vinieron más imágenes dislocadas a mi cabeza por las noches, pero tampoco soñaba.

Era como apagar una vela y, al prenderla de nuevo, ya estaba despierto en mi cama, esperando el desayuno.

Espacié mis visitas a Pascual. Pasaba el día a caballo en el campo, trataba de distraerme con lo que fuera pero era inútil. Dejé incluso de leer: nada en mis libros me ayudaba. Pensé que alguna de las novelas desconocidas de mi sobrino me distraería de esta tensión, pero eso significaría entrar a su cuarto y convivir con él. No lo soportaría. Él era el mismo, amoroso, comprensivo, curioso, pero mi desagrado por él me impedía verlo con cariño. Lo juzgaba un monstruo y a la hermosa cara, la víctima: la había devorado en su momento más lábil, antes siquiera de nacer.

Sentí asco de mí.

Cené con Pascual y evité toda conversación. Me rogó que lo acompañara hasta dormirse. Por más que la situación fuera incómoda, no me pude negar a su petición. Lo vi acomodarse las cobijas y me dio la espalda. Permanecí quieto, no quería perturbarlo para que se durmiera rápido y pudiera irme cuanto antes. Además, me tenía paralizado la suposición de que la cara espiaba por detrás de la tela negra. Se me cerraban los ojos.

Desperté. El velo cayó y frente a mí tuve el rostro endemoniadamente hermoso. Lo vi con repulsión, odio, quise golpearlo. Los ojos de eso se abrieron y se trabaron en los míos; no pude retirarle la mirada. Una voz grave empezó a repetir una cantaleta. A cada repetición, los gruñidos se separaban, se hacían claros, hasta que pude entender lo que decían:

—Loco, el que te matará es él, como lo hizo conmigo.

Lo oí. Aunque hubiera estado sordo, habría escuchado. Era imposible que esa voz no existiera. Se hizo un eco que inundó el cuarto cual si hubiera entrado un río por la ventana. Cerré la puerta por adentro, tomé mi maletín y saqué el escalpelo.

Sometí a Pascual, pero no evité sus gritos. Me quité de encima hasta que dejó de moverse; escuché que la cocinera exigía que le abriera, el jardinero trataba de derribar la puerta. Abrí la ventana. Vi la cama de mi sobrino cubierta de sangre; goteaba por las cobijas en lentas olas de lodo. Mi mente se precipitó en una carrera desesperada; chocaba con mis recuerdos como cuerpos invisibles, amontonados en carnaval, voraces, en una cabalgata ciega, poseyendo y poseídos. Levanté eso y lo aventé por la venta-

na. La careta caía en la noche como una hoja en un día de viento, tentaba al piso con arabescos. Con cada vuelta, la luz de la luna se reflejaba en los ojos vacíos del legajo y creía verla sonreír, burlona y hermosa.

Entrevistas con un radio

Casete 1. “Tratamiento”. 23 de febrero, 18:00 h.

Martín Ramírez, 30 años, 62 kg de peso, 1.65 m de altura, fumador, presentó el primer dolor de cabeza el 28 de enero. No hay antecedentes familiares de cefaleas crónicas. Se le recetaron calmantes y somníferos, pues dijo que las molestias lo mantenían despierto.

El dolor evolucionó de pulsante a agudo; luego incapacitante. A los tres días, perdió facultades del lado derecho del cuerpo: ceguera lateral, fotofobia, movilidad limitada. También el oído presentó afectaciones.

A principios de febrero, se le tomó una resonancia magnética; mostró un punto negro en la parte inferior del cráneo. Se consideró que era un tumor; la forma era inusual: parecía un alfiler con gancho al final. Se hicieron otras resonancias para descartar un error de máquina o humano. Se comprobó que esa formación giraba sobre su propio eje y rasgaba la médula oblonga y el tálamo.

El daño cerebral es severo. El paciente debería estar en estado comatoso, incluso muerto.

Aunque no en la velocidad que se esperaría, la psicomotricidad de Martín empeoró. La espina se desvió, las coyunturas de rodilla y codos se trabaron (exceso de ácido láctico).

Los exámenes de laboratorio: ninguno da positivo en antígenos. Según los resultados, está perfectamente sano, aunque las resonancias muestran que la función del tejido cerebral está cambiando.

Un síntoma extraño pone más dificultades a la ecuación: la voz de Martín se ha puesto ronca, artificial. Si se puede decir así, robótica.

Para efectos de transparencia, declaro que yo, el médico tratante, Alfredo Guzmán, soy primo de Martín. Continuaré su tratamiento a pesar de las sugerencias del Consejo de Ética.

Casete 1. “Tratamiento”. 1 de marzo, 19:02 h.

Al comunicársele su condición, el paciente presentó un cuadro clínico de depresión. Se recomendó la quimioterapia y él aceptó. Se le aplicaron dos sesiones, perdió el cabello, algunos dientes (un efecto secundario rarísimo en este tratamiento).

Firmé una responsiva en caso de muerte, en la cual deslindo de cualquier responsabilidad al hospital.

Casete 1. “Tratamiento”. 5 de marzo, 12:00 h.

Según las resonancias de Martín, la mayor parte de su cerebro se encuentra en estado líquido y aun así conserva la conciencia; su movilidad, aunque limitada, le permite todavía ser autónomo en la alimentación y la limpieza personal; continúa trabajando —aunque con mucha dificultad—.

El paciente se niega a dejar su rutina.

Casete 1. “Tratamiento”. 21 de marzo, 17:30 h.

Un grupo de neurólogos del Hospital Central se enteró del caso de Martín y están interesados en estudiar su padecimiento. Su confusión es la misma que la mía: no hay signos exteriores que puedan confirmar lo que la resonancia muestra. Se bromea con abrirle el cráneo y explorar de primera mano al paciente. Llegamos

a la conclusión de suspender la quimioterapia; no tiene sentido continuar si no se ve mejoría.

Se cambia el tratamiento a dosis pequeñas de tramadol para paliar el dolor articular y de espalda.

Casete 1. “Tratamiento”. 22 de marzo, 21:00 h.

En la mañana, el paciente asistió a su consulta regular. Se le notó degradado articularmente y bastante sucio pero lúcido: tramitó una incapacidad y me informa que le otorgaron sólo ocho semanas para descansar. Me pide que, cuando tenga consulta, lo recoja en su casa y lo traiga al hospital.

Por otro lado, su piel está invadida de acné y llagas pequeñísimas. Le cuestioné al respecto y adujo algo sobre la limpieza de su casa. Mientras se rascaba la mejilla exclamó: “Pero no duele. Sólo me molesta la textura: son como de bocina”.

Casete 2. “Investigación”. 30 de junio, 23:17 h.

Una posible teoría sobre el “tumor” de Martín. No explica por qué su cerebro luce con tanto daño en las resonancias, pero al menos echaría luz sobre el movimiento: es una especie de parásito, tal vez algún tipo de tenia o variación del *T. Gondii*. También explicaría el decaimiento mental.

Se elimina el tramadol por disnea severa.

Casete 2. “Investigación”. 1 de julio, 23:23 h.

Consulté con el Departamento de epidemiología. La teoría les parece plausible. Los del Hospital Central también se interesaron por mi idea. Me animaron a continuar por esa línea clínica y, además, solicitaron el acceso a mis cintas y al expediente de mi primo. No les daré nada hasta que haya una orden directa.

Casete 1. “Tratamiento”. 13 de julio, 23:12 h.

Martín reaccionó terrible al praziquantel. Le irritó el estómago, le provocó diarrea, migrañas

y empeoramiento del carácter con sólo una toma. Las reacciones sobrevinieron en minutos. Es inédito que este medicamento se absorba tan rápido. Puede ser que el supuesto parásito esté modificando la función estomacal del anfitrión para evitar ser destruido.

Casete 1. “Tratamiento”. 22 de julio, 21:00 h.

Se decidió en el Consejo Médico que no era necesaria una hospitalización, la cual recomendé. Se evaluó que la enfermedad de Martín, por más misteriosa que fuera, no necesitaba de atención continua y podría vivir dignamente lo que le quedara con supervisión en casa. Le propuse a Martín contratar una enfermera. Él se negó y, para probar que no necesitaba ayuda, se arrastró hacia el baño. Cayó tres veces. Llegó después de quince minutos y de dejar rastros de orina café en el piso.

Casete 3. “Entrevistas”. 15 de agosto, 15:45 h.

¿Qué no ves que me estoy pudriendo? Soy la extensión de un cáncer desconocido; eso soy,

nada más la cáscara de una enfermedad que me crece en el cerebro y los huesos. No quiero vivir en un hospital; mejor me pudro en mi casa. Soy la enfermedad de alguien más pero no puedo hablar. ¿Le harías caso a tu rodilla si te pidiera un poco de agua? Debo ser un pedazo de piel y grasa. Tal vez ya debí haber muerto, tal vez mi destino era morir en el vientre de mi madre; soy un aborto que no tiene derecho a cumplir 31 años.

Casete 3. “Entrevistas”. 22 de agosto, 17:00 h.

Hoy en la mañana, Alfredo, se me ha revelado: soy un instrumento; cuando me terminen de usar, van a exterminarme. Estoy en la mira; saben y sé que todo está dentro de un programa estricto y tengo fecha de caducidad. Mis funciones son claras, aunque no sepamos cuáles son, pero de que están bien fijadas y de que están siendo monitoreadas, lo están.

Casete 1. “Tratamiento”. 24 de agosto, 21:15 h.

El paciente muestra síntomas serios de desmoronamiento mental. El diagnóstico del psiquiatra fue negativo sobre esquizofrenia, sin embargo, como atestiguan las grabaciones del Casete 3, es imposible que Martín siga en sus cabales. Investigaré la forma legal de tomar potestad sobre él y asignarle una enfermera u hospitalización en alguna clínica especializada.

Fue despedido de su trabajo. Iniciaré una acción legal para resarcirlo económicamente. Por el momento, me encargaré de sus gastos.

Consultaré con otro psiquiatra sobre el uso de antipsicóticos.

Casete 3. “Entrevistas”. 3 de septiembre, 15:34 h.

Son voces; así, en plural. He podido contar hasta setenta y ocho diferentes. Escucho más pero no puedo llevar la cuenta. No creas que me dicen que haga algo, no soy un maniaco. Hasta tu amigo el loquero lo dijo: no tengo nada mal en la cabeza. Bueno, excepto eso que da

vueltas y que tú llamas “tumor” o “parásito”. Sé que es una antena. Soy un receptor. Las voces que oigo son programas de humor, noticias y deportes. O eso me parece, porque están en idiomas que no conozco. Me estoy convirtiendo en una retransmisora de señales que vienen del universo entero. Mira mis pies, mis manos; son clavijas. Mi cuerpo se está preparando para ser un receptor de alta fidelidad. He dejado de comer; así aumentaré mi capacidad. Ni un solo bocado ni agua en una semana. Esto no es un milagro: es una transformación más allá de lo que entendemos.

Casete 1. “Tratamiento”. 3 de septiembre, 21:00 h.

El refrigerador está exactamente como lo dejé la semana pasada. No hay vasos sucios en la casa.

Se inicia la aplicación de domperidona para combatir la anorexia. Contemplo el uso de electrolitos intravenosos.

Casete 3. “Entrevistas”. 14 de septiembre, 15:43 h.

Soñé que mi cuerpo terminaba de convertirse en lo que está destinado a ser, Alfredo. Era la radio de la sala de Dios. Ahí estaba, conectado y captando señales de más allá de nuestra galaxia. Compartía el espacio con otros muebles pero el centro de la habitación era yo. Dios sintonizaba la vida en mis estaciones. Soy un objeto de culto, un transmisor de carne, algo raro en el mercado interestelar. Mi recepción es prístina y mi calidad de audio, imbatible. Soy un objeto de deseo, de diseño. Fuerzas puján sobre mí. No seré destruido porque mi propósito es existir, mi razón es mi calidad de montaje; mi número de serie es mi código genético. Puede que tú también seas otro aparato finísimo y no te hayas dado cuenta. Digo, somos familia.

Casete 2. “Investigación”. 1 de octubre, 23:12 h.

Sin avances en lo legal. La razón es que se tiene que demostrar una enfermedad mental seria e inhabilitante con el testimonio de tres parientes o personas cercanas al enfermo. In-

vestigo con mi madre, pero parece que el lado de la familia al que pertenece Martín está completamente muerto.

Hago memoria. El recuerdo más viejo que tengo sobre él es un encuentro en un restaurante. Acababa de titularme. Celebraba con unos amigos antes de iniciar la especialidad. Martín se acercó y me saludó efusivamente. Se sentó y me explicó quiénes eran sus padres y cómo me había reconocido. ¿Lo había visto antes en alguna fiesta familiar? Cuando le conté a mi madre sobre él, dijo que el parentesco coincidía, pero que no recordaba ningún primo de ese nombre. ¿Cuándo nos conocimos por primera vez? Consultaré de nuevo con ella cuando la vea este fin de semana.

Casete 3. “Entrevistas”. 2 de octubre, 18:30 h.

Me dirigiré, entonces, al punto más alto de esta ciudad y de mi cabeza crecerá la antena con la que esparciré el conocimiento divino. Seré la estación más poderosa del universo. La única, la gran retransmisora de la Palabra. Serás mi heraldo, Alfredo.

Casete 2. “Investigación”. 5 de octubre, 23:02 h.

Faltando tal vez a mi compromiso médico, llevé a mi madre con Martín. Ella le preparó comida para una semana, compró sábanas nuevas, llegó con insumos de limpieza y ordenó el departamento. Lo permití, primero, porque ella insistió: no podía abandonar a su familia. Segundo, quería saber su opinión sobre mi primo, si acaso el rostro evocaba algún recuerdo.

Estuvimos juntos el día entero, platicamos sobre la familia, las molestias de Martín. Él mandó saludos a mi padre y a mis hermanas. Conocía los nombres y las edades. Dejé a mi madre en su casa hace una media hora; cenamos y, mientras me preparaba un té, me dijo que no lo recordaba de ninguna reunión. Mi madre se sorprendió también, pero no le dio importancia y culpó a la edad de su mala memoria. Dice que cuando tenga tiempo revisará los álbumes familiares.

Casete 1. “Tratamiento”. 16 de octubre, 23:22 h.

El comportamiento de Martín ha ido tornándose más extraño. Cuando llego, está en su ventana, estirado todo lo que puede. Dice que toma el sol para que su antena germine más rápido.

La deficiencia de vitamina C es evidente. Recetar suplementos.

Casete 2. “Investigación”. 20 de octubre, 23:02 h.

Consulté con Epidemiología y me señalaron la relación parasitaria de un hongo, *Cordyceps*, con las hormigas bala: las esporas se introducen en el organismo del insecto, modifican el tejido nervioso y controlan sus movimientos. Hacen que trepe la planta cercana más alta, traban su mandíbula en el tallo y muere. El hongo crece, se alimenta del cadáver de su anfitrión y extiende sus micelios sobre el cuerpo de la hormiga y esparce más esporas, infecta más hormigas. El *Cordyceps* puede acabar con una colonia en días. Cuando un elemento infeccioso es detectado, una obrera se encarga

de llevarla lo más lejos posible para evitar la muerte de las demás.

Comportamientos así son frecuentes en la naturaleza. El *T. Gondii* disminuye la aver-
sión a la orina de gato en las ratas; la *Ampulex*
Compressa usa a las cucarachas como despen-
sa móvil; el *Leucochloridium Paradoxum* guía
a los caracoles hacia los gorriones; el *Euhaplor-
chis Californiensis* hace que los peces naden en
la superficie y sean presa fácil de las gaviotas.

Casete 2. “Investigación”. 23 de oc- tubre, 23:15 h.

Una subespecie del *Cordyceps* desarrolló un
comportamiento para evitar la alienación de su
anfitrión: cuando la obrera expulsa a la infec-
tada, el hongo busca el rastro bioquímico (fero-
monas) de otro hormiguero. Cuando lo localiza,
“copia” las características odoríficas de éste y
se dirige hacia allá. La colonia recibe al infecta-
do como si fuera uno de los suyos. El hongo se
esparce a tal velocidad que no hay suficientes
obreras para expulsar a las enfermas.

Casete 3. “Entrevistas”. 26 de octubre, 14:25 h.

No puedo ni detenerme a comer, Alfredo. Cuando como, me distraigo y no retransmito correctamente. De mí depende el flujo de información. Soy el satélite del universo, un mesías de las telecomunicaciones. Tú eres mi médico y mi primo. Pasarás a la historia junto a mí, porque no te olvidaré. Tendrás tu reconocimiento: mi acompañante en la última etapa de transformación. Pronto seré el navegante definitivo.

Casete 3. “Entrevistas”, 27 de octubre, 14:46 h.

Lo que tengo en la cabeza es el germen de lo que vendrá. Siempre ha estado ahí y despertó hasta este momento. El circuito fundamental del aparato que soy. Siento que algo tiene que ver contigo, Alfredo, como si hubieras sido el catalizador que le faltaba a mi cuerpo para madurar. ¿Sabes? Hace unos meses tenía miedo de desaparecer, de dejar de ser yo. Luego me di cuenta que esto es sólo un envoltorio provisional. Falta poco; abandonaré el caparazón.

Casete 2. “Investigación”, 27 de octubre, 23:15 h.

El departamento de Martín apesta. A pesar de que tratamos mi madre y yo de mantenerlo limpio, siempre hay un aire enrarecido, pesado y caliente. Él ha dejado de comer. Aunque la anorexia no es un síntoma inédito en padecimientos nerviosos asociados con parásitos, me preocupa la abstinencia prolongada. Ésta es otra tanda de siete días sin probar bocado y no ha bebido líquido en tres. También asegura que ha estado en vela setenta y dos horas. Muestra síntomas evidentes de anemia. Hoy mismo revisaré las prerrogativas para internarlo y someterlo a alimentación asistida.

Casete 2. “Investigación”, 5 de noviembre, 23:15 h.

La necropsia está en litigio. El Consejo de Ética considera que hay indicios de negligencia. Los periódicos me han puesto como un villano y la policía ha metido las manos. Se ha hablado de mi despido e incluso de retirarme la licencia para que no haya represalias contra el personal directivo.

Los neurólogos del Hospital Central piden mi cabeza. Supongo que entre más rápido se consignent responsables, más fluido será el trámite para la autopsia de Martín. Exigieron mis reportes, investigaciones, documentos de tratamiento y cintas para la investigación judicial.

Hallé el cadáver de mi primo a la hora de la comida, en el mismo horario que siempre lo visitaba. Como de costumbre, tenía medio cuerpo salido por la ventana, parecía reseco en extremo, disecado. Sus manos se aferraban al marco hasta astillar la madera. Sonreía. A pesar de la horrible condición y la postura incómoda que seguramente adoptó durante horas, era una expresión de completa calma. Una especie de cuerno más largo que su cuerpo entero y casi tan grueso como su cuello sobresalía por la frente.

Una fotografía puede verse en la edición matutina de *El Sol* del 28 de octubre. Tomada desde la calle, parece un árbol sin hojas que crece en la ventana de un quinto piso. La punta del árbol es tan blanca que deslumbra.

Casete 2. “Investigación”, 13 de marzo, 23:22 h.

El abogado me informó que la orden de aprehensión es inevitable. Los cargos son negligencia médica y homicidio imprudencial agravado. Se suma el de obstrucción: negué la existencia de este segundo casete.

Mi madre vino ayer por la noche. Triste, dijo que ella moriría antes de que yo saliera de la cárcel. Nos quedamos callados un momento. Lloró. Me confesó que estuvo la mañana entera revisando los álbumes familiares; no había ni una foto mía en ellos, a ninguna edad. Se dio cuenta de que el primer recuerdo que tenía de mí fue cuando la llamé por teléfono para preguntarle sobre Martín. No recordaba ni cuándo había nacido yo ni en qué hospital se había aliviado.

Los puercos no tienen uñas

Oficial, nosotras venimos de la sierra. Ahí nacimos y nos criamos. Bajamos a la ciudad por hambre. Hemos andado de parte de mi general y nos dijo que saliéramos de nuestra siesta del monte para llenar el estómago. Bueno, también queríamos ver cómo iba la revolución. En lo silvestre no hay para comer más que estropajos y pasto. Caminamos un montón, como cuatro días seguidos. Dormimos paradas, ensuciamos las enaguas paradas y paradas comimos las tortillas duras que nos trajimos. Bajamos hasta la ciudad, le digo, con el consejo de mi general: tomen lo que necesiten, no pidan permiso a nadie. Justo como él hacía. Muchas promesas y en el pueblo nada más nada. No hay dinero ni carreteras. Caminos y veredas sí, pero por ahí, ¿cómo pasaría el progreso que es tan ancho?

Usted no entiende eso de esperar. Y nosotras hemos esperado que nos toque un cachito con espacio para todos, según. Nada más cargamos tres machetes romos; es lo único que no se llevaron en la leva. Hace como un año, subió mi general al pueblo y nos dijo muchas cosas, que letrinas con agua, y no sólo frijoles y chiles.

Todas le creímos; pues hacía rato que no nos hablaba un hombre maduro. Él, me supongo, era el encargado de hablarles a las mujeres en su batallón, que según, estaba tras loma. “No pueden verlas más que mis ojos. Los demás son unos brutos”, nos decía y así más o menos se nos quitaba la punzada de ir a buscarlos. Además, el general era suficientemente cabrío para todas: sus ojos eran inocentes y cuando caminaba parecía que el mundo se tranquilizaba, las cosas que nos contaba se oían como abajo el agua y ponían la piel china. Nos hablaba de no dejarnos, de que si queríamos tomar algo, lo tomáramos; y ahí ponía los ojos en blanco y se mordía el labio. Cuando le preguntábamos con quién jalaba, contestaba: “Soy una pieza importantísima de esta revolución”.

Doña Meli decía que era el diablo tentándonos, que lo había visto caminar a las tres de la mañana y le salían patas de chivo; lo acusó de desenterrar y devorar al hijo muerto de Damiana, y que no había ningún batallón, y que cómo iba andar una persona sola por el descampado sin morir de hambre. A la semana, el general corrió a Meli del pueblo por andar de bocona. Dejó hasta la lumbrera encendida y su ropa en el tendedero. Esa semana, el general nos agasajó

con un cocido de puerco. Nomás pensábamos que qué mal que Meli le faltó el respeto: estaría aquí comiendo con nosotras y no vagando por la sierra.

Y así nos dejamos de quejar, porque nos corría si levantabas la cabeza para otra cosa que no fuera elogiarlo o besarle la barba. Tampoco estaba tan mal porque nos preparaba un cocido de marrano cada que sacaba a alguien de pueblo. Como que con eso nos recompensaba la tristeza de perdernos a una de nosotras.

Mire: soy creyente y tengo temor de Dios. Nunca haría nada que lo ofendiera, excepto escuchar a mi general y seguir sus órdenes. Una parte de su plan era llamarnos en privado a una por una, decirnos nuestra misión, qué nos iba a tocar si lo lográbamos y también nos ofrecía su bendición. De esas bendiciones muchas quedaron panzonas. Y cuando empiezan las panzonas a aumentar, la comida se acaba como siete veces más rápido. A las que se les malograban los hijos por andar saliendo en luna llena regalaban el calostro a otros niños, ya para qué les servía a ellas; dos o tres le dábamos sorbos a las palanganas que dejaban porque el hambre es tenaz.

Bendijo a todas las mujeres del pueblo. Las últimas íbamos a ser mi comadre Arcelia y yo, pero mi general tuvo que huir porque una cuadrilla lo quería matar. Salió bien temprano un jueves y de los supuestos bandidos nadie vio ni una polvareda ni huellas de caballo. Nada. Tal vez se desviaron y lo toparon en las cañadas. Pobrecito, tan bueno que era.

A mi comadre y a mí nos quedó la misión trunca. Las otras andaban tranquilas. Sabían cuándo era su momento y cuál su premio: un chamaco con la cara del general. No les preocupaba que las promesas que nos hizo ni siquiera asomaran la nariz.

Un día bien temprano nos levantaron y nos dijeron a mí y a mi comadre: "Las mujeres yermas siempre son de mal agüero. Bájense de la sierra, que aquí namás podemos estar las bendecidas de mi general; ya acá no hay comida para ustedes". Así, sin hacer mucho polvo, agarramos nuestra hambre y bajamos para ver cómo iba la revolución, porque en el pueblo no pertenecíamos. Eso sí, exigimos los machetes.

Llegamos a la ciudad arrastrando el orgullo, pero lo traíamos.

Íbamos a asaltar a unos rancheros en el camino; nos rajamos al pensar que tal vez carga-

ban fuego. Otra era meternos a robar granos, pero ni sabíamos dónde y ya estábamos mareadas de tanto vacío en la panza. La verdad es que no andábamos tan subidas; teníamos miedo de morir a la mitad de un paso, de enfrentar a quien fuera, a quien tuviera tantita fuerza más que nosotras.

Caminamos hacia el zócalo y luego hacía la alameda. Ahí fue donde nos agarraron con los niños, oficial. El hambre atrasada, junto con las enseñanzas y alientos de mi general, nos hizo acercarnos a ellos. Lindos, los pobres. Jugaban con su pelota y un trompo. Bailaban: te lanzo la bola mientras hago un truco. Estaban solos.

Tenía pensado hablarles un poquito, convencerlos con sueños de regalo. Arcelia, que siempre ha sido más entrona que yo, se le aventó a la niña. Me sorprendió lo rápido que se movió y sus ojos bien abiertos; la metió entre los árboles. Ya en el suelo le mordió un cachete y se lo arrancó. Otro niño corrió; yo ya estaba muy cerca y, no sé de dónde me salió, le troné el pescuezo como si fuera un gazapo; me lo llevé entre los árboles y también le mordí la cara. La nariz. Las narices son duras de masticar y se la quité de un tajo. Mi comadre masticaba el

cachete como si fuera una fruta, la oía resoplar de pura satisfacción. Escupí la nariz y me fui al ojo.

Cuando ya me corría la sangre ajena por el cuello, tomé una mano y la mordí. Me detuve poquito a verla: “Tomen lo que necesiten, lo que quieran”. También me acordé de algo que ya sabíamos desde Meli y desde las otras que echaba mi general del pueblo, pero como ahorita, nos hicimos mensas por el hambre: los puercos no tienen uñas.

Los asesinatos de octubre

Llovía y la ciudad se convirtió en una película en blanco y negro. La que manejaba era Elba, la fotógrafa que escogió Gómez para esta investigación. Daba las vueltas demasiado cerradas y respetaba los semáforos al azar. Yo no quería morir y menos en un accidente automovilístico. En mi cabeza flotaba el sobre lleno de fotografías que venía junto con el archivo de Los asesinatos de octubre: *close up* a un saco, con un pin de *smiley*; un grafiti de un *smiley*; el tablero de un taxi con una calcomanía de *smiley*; un árbol con un *smiley* grabado en la corteza; el collar de un perro con un *smiley*, un espectacular enorme de un *smiley* en Avenida Central.

Setenta y dos de ellas y ni un solo rostro, como si el mundo donde se tomaron fuera una copia de éste, desierta de humanos: ciudades fantasma con cientos de departamentos vacíos, miles de asientos de metro desperdiciados, millones de cervezas sin abrir.

Se las enseñé al editor en jefe. Me dijo que eran tonterías de Gómez, que ya estaba chacheando e igual y esos pines y calcomanías eran su pasatiempo y que no les hiciera mu-

cho caso. Elba no las conocía hasta que se las mostré. Las revisó a conciencia. Me las devolvió con cara de hartazgo.

—Gómez era raro —dijo.

Encendí un cigarro. Elba pidió una fumada. Cuando se lo pasé, me tembló la mano. Lo colocó en el borde de sus labios y sonrió mientras sacaba el humo por la nariz.

Por la onda corta, nos enteramos de la dirección: un edificio de departamentos estandarizados, con pocas ventanas, techos bajos y paredes de tablarroca. La víctima, como todas: un hombre blanco clasemediero, de entre 30 y 45. Elba se encargó del dinero del guardia; yo, del sargento. Nos dimos prisa antes de que llegara el oficial; no traíamos para ese tipo de soborno.

Piso siete, apartamento dos. Aunque ya había visto fotos de las víctimas del Ciudadano Universal, era muy distinto estar en vivo. Se sentía la sangre coagulada bajo los pies y el olor de la carne se pegaba en la cara. Si cerrabas los ojos e imaginabas que era un rastro, hasta te podría dar hambre.

El cuerpo: el intestino salía del tórax y coronaba la cabeza cual turbante. Le había forzado los ojos para que vieran hacia su nariz. El asesino era un maldito humorista.

Elba escupió un rollo y medio de flashazos. Carraspeó durante toda la sesión.

Gómez y yo no éramos cercanos. Me molestaba su forma de ver el periodismo, como si hubiera una verdad y debiéramos hacerla pública. El punto es vender y si hay que maquillar las notas, bienvenidos el rímel y el labial. Nuestro trabajo es hacer creer a nuestros lectores en la objetividad, aunque todos sabemos que escribimos lo que ellos quieren. Cero ideología; esto es negocio duro.

La verdad. Me fastidiaba que Gómez la usara de estandarte, que se creyera el acólito de un fantasma. Me pregunto por qué me heredó la investigación.

El archivo tenía recortes de otros periódicos, teorías de quién era el Ciudadano Universal, un mapa con cinco equis rojas (los últimos asesinatos), entrevistas mecanografiadas, una lista de contactos y las fotografías. Un paquete completo y exprés para el detective frustrado que terminó de periodista.

A Gómez se le ocurrió eso de Los asesinatos de octubre y del Ciudadano Universal. Los lectores quedaron fascinados porque sonaba como una película de los Almada o de Clint Eastwood. Para Gómez, se trataba de darle una tra-

za de identidad al asesino en serie más enigmático desde el Zodiac Killer. No se debía pensar en él como en un demonio. Al menos un nombre nos recordaba que el asesino era humano y que se le podía atrapar.

La cuenta oficial eran quince víctimas. Según el archivo de Gómez, iban más de treinta. El Ciudadano Universal no respondía muy bien al patrón de Ressler: metódico pero no predecible, el acomodo humorístico de los cuerpos era un esquema más que una marca personal. Algunos periódicos mostraban pudor y recortaban las fotografías de manera que no se notara. Gómez pugnó para que en el nuestro el encuadre se respetara siempre. Llevábamos semanas de portadas desternillantes y terribles.

En un mes, vendimos más que los cinco años anteriores juntos.

El teléfono de mi escritorio sonó.

—¿Viste las fotos? —dijo Elba.

—Sí.

Eran las dos de la mañana. Me había dejado las pruebas en el cuarto oscuro desde las diez de la noche.

—¿Ya lo sentiste? —preguntó.

—¿Qué?

—No sé. Tengo una sensación extraña cuando veo las fotos. Me da miedo ese cabrón.

—Estás cansada nada más.

Colgó. El cadáver, otro hombre caucásico, portaba su hígado hecho tiras como *mutton chops*. Sonreía y entrecerraba los ojos, cuencas vacías y negras.

Mi café tenía ceniza. Me di cuenta hasta el tercer trago.

Ver un riñón humano bajo la lluvia no es para estómagos ligeros. El asesino fue puntilloso. Mientras Elba disparaba, traté de seguir la descripción del perito.

“Individuo masculino, treinta y cinco aproximadamente. En posición genocubital, trauma craneal severo. La base de la espalda muestra dos lesiones ovoides profundas. Epidermis, dermis, grasa y músculo, retirados quirúrgicamente en esas dos lesiones. Un riñón ausente. El otro, externo. Con dos elementos de bonetería. Simulan ojos. Tiene una sonrisa dibujada con algún material de color amarillo; posiblemente marcador. No mames”. Me pareció necesario anotar la última parte.

El séptimo que nos tocaba en tres semanas.

Regresamos a la camioneta. Decidí apagar la onda corta y prender el am. Necesitábamos

silenciar el mundo un rato. Elba condujo con decencia. Nos atoramos en un inexplicable tráfico de medianoche. Sonó un vals en el radio; se oía que la grabación era mala y vieja. Había más ruido que violines. Elba habló.

—¿Nunca quisiste ser astronauta?

—Todos los niños quieren eso. ¿Tú no?

—Tenía planeado estudiar ingeniería y luego irme a la Roscosmos, la NASA soviética. Pero mi papá no me dejó, así que me conformé con estudiar periodismo. Ahí me gustó la foto y me di cuenta de que era buena. Mi gran fotorreportaje iba a ser sobre Laika, el primer ser vivo fuera del planeta. Bueno, de éste por lo menos. Laika era callejera, un ingeniero de la RKA la encontró recién nacida junto a sus hermanos en el frío de Leningrado. La llamó Kudryavka; Laika es el nombre de la raza. El ingeniero la entrenó durante meses para ser el primer cosmonauta de la historia. A los pocos días se dieron cuenta de que nunca ladraba: creyeron que era muda. Los soviéticos planearon desde el principio que el Sputnik II no regresaría a la Tierra. Orbitaría y sería un ataúd espacial, un eco de información sobre los efectos de la microgravedad en un organismo vivo. El lanzamiento fue un 3 de noviembre. Una semana

antes, el ingeniero llevó a Kudryavka a su casa. Le dio de comer estofado de papas y dejó que durmiera en la cama de sus hijos. La mujer le enseñó a dar la pata y le puso un apodo: Kurchavvy, “Rizadita”. Kudryavka murió por sobrecalentamiento minutos después de romper la atmósfera; u orbitó viva durante semanas, depende de quién cuente. Dicen que movió la cola cuando la subieron a la cabina del Sputnik II y ladró una vez, un ladrido corto y fuerte; luego se quedó quieta, con la vista fija en los controles.

—¿Para qué me cuentas esto?

—Con Gómez a veces platicaba de cosas así. Tal vez me siento como Kurchavvy: condenada a orbitar. Tal vez todos somos una perrita que morirá quemada en una cabina de uno por uno. Lo único que nos queda es una semana de cariño antes de lo inevitable.

Llegamos a mi departamento. Cuando abría la puerta del edificio, Elba gritó.

—Hoy es 27 de octubre.

Era el aniversario de la primera víctima del Ciudadano Universal y de la llegada de Laika a un hogar.

Otro asesinato: el cuerpo estaba acomodado como si hiciera yoga, boca arriba y con la espal-

da arqueada; sólo que éste no tenía genitales y su cabeza quedó en el cuarto contiguo.

Siempre pensé que la muerte era roja, que la sangre robaba el foco. O eso parece cuando uno ve fotografías comunes de asesinados. Pero las de Elba eran distintas; tienen una especie de intención oculta en sus encuadres y sus composiciones: son descuidadas, cortan los objetos como si fuera un trabajo de aficionado y no respeta las líneas naturales del entorno, pero eso hace que se muestren otras cosas.

Una de las fotos del cadáver yogui lo toma en picado a unos 45 grados; se aprecia el corte horizontal del cuello y las distintas capas: hueso, músculo, tendones y grasa. Grasa amarilla. Al morir, la piel humana pierde flexibilidad, se pega al cuerpo como si quisiera mantener la vida asfixiándola. Por eso, los cadáveres siempre parecen a punto de reventar. La piel se vuelve traslúcida y la grasa se asoma sin timidez desde el interior. La sangre se seca, pasa del rojo al negro y se pierde en el fondo. El amarillo nunca desaparece, se abrillanta con el tiempo.

Eso es la muerte: un lago de cuerpos amarillos.

Elba volvió al descuido tras el volante, sólo que ahora menos cínica, más suicida, tal vez.

Mientras se pasaba un semáforo en rojo y casi nos impacta un camión de basura, la observé. Estaba tranquila. No me tensé tampoco por la maniobra. Me miré en el espejo lateral; también yo lucía suicida.

Me preguntó si quería cenar. Compramos un par de tortas y cafés con leche en un restaurante 24 horas. Las pedimos para llevar. Sin decir una palabra, Elba enfiló hacia el mirador, un terracilla al lado de la carretera urbana que se aleja de la ciudad por el norte. Nos estacionamos. Bajamos. Nos recargamos sobre el barandal y sorbimos nuestros cafés lo más discreto posible. Esperábamos ver luces y diminutos autos que se movieran entre la ciudad como si fuera una maqueta. Lo único ante nosotros era borroso y opaco. Saqué un cigarro y Elba lo encendió con un cerillo de madera. Sacó una grapa de su bolsillo. Trituró un poco de coca y me ofreció. Rumié un no.

Se hizo tres líneas sobre un espejo, me pidió un billete de veinte; aspiró dos por la fosa derecha y una por la izquierda. Encendió otro cigarro. Me lo pasó.

—La coca está mal vista porque te tienes que agachar para consumirla —dijo mientras sorbía con fuerza—. No es como el alcohol, que

cuando tomas, alzas los ojos, ves el cielo, o el techo de la cantina, si quieres. En fin, lo que haces es elevarte. La coca te humilla, necesitas rendirle reverencia, un gesto de pequeñez personal frente a ella. Pero eso molesta a la gente: aunque vivamos de rodillas, a nadie le gusta aceptarlo. Te dirán que son unos chingones, que todos están fregados menos ellos. Siempre tendrán una excusa para sentirse superiores: sus hijos o lo bien que se ven. Como si la belleza fuera un mérito. Tal vez algo así le pasa al Ciudadano Universal: vive igual de humillado que nosotros y su engaño lo refuerza al matar gente.

—¿Por qué crees que Gómez nos dejó esas fotos? No nos han ayudado en nada.

Elba se detuvo a pensar. El humo le subía por la cara.

—No sé. Igual y no las dejó por alguna razón. Digo, no es que sean la clave de los asesinatos. Tal vez sólo son un gesto entre él y nosotros, como cuando te saludan en la calle y no puedes recordar de dónde conoces a esa persona o si la conoces siquiera. Pero la sonrisa es cálida. Es un puro momento de cercanía.

—Algo tiene que haber. ¿A ti no te dicen nada? La técnica o la luz.

—Nada.

Nos quedamos viendo la ciudad. Durante un rato me pregunté si debía abrazarla.

Decidí tomarme una semana de vacaciones. Lo único que hice fue ir al cine, comer cereal y masturbarme. Llegué el lunes a las once y ya había un sobre manila en mi escritorio. A la víctima la encontraron en su departamento cuando empezó a apestar. Lo habían destazado y su piel hacía las veces de alas de murciélago. Colgaba del tubo del baño y su rostro se congeló en una carcajada.

Una de las fotografías no era de la escena del crimen: claroscuro pronunciado, salía Gómez en primer plano, *soft focus*; miraba hacia la cámara feliz, satisfecho, con las manos unidas por la espalda. En la parte trasera, también borrosa, Elba, con su cabello esponjado de siempre y sin cepillar, miraba a Gómez con tranquilidad. Al lado de ella había un espejo que reflejaba una sombra, alta y delgada; esa sombra tomó la fotografía. El *flash* le ocultaba la cabeza.

No había nadie en el cuarto oscuro. El editor me dijo que Elba había renunciado en cuanto terminó de revelar el rollo de la noche anterior.

Pensé en enseñarle la foto de Elba y Gómez. Al final, decidí guardarla para mí.

Me asignaron otro fotógrafo. Apenas si intercambiábamos monosílabos en los trayectos. La camioneta de prensa me hacía sentir incómodo y triste.

Tenía cerca de trescientas cincuenta fotografías que Elba disparó. Era una injusticia que ya no salieron en la primera plana, que estuvieran destinadas al archivo y, por lo tanto, al olvido. ¿Quién quiere material de nota roja de hace tres días? Esas fotos, lo terrible que reflejaban, debían ser vistas. Pensé incluirlas en mis nuevos artículos y arriesgarme al despido.

En mi casa, con insomnio, veía durante horas la foto de Elba y Gómez. Buscaba algún tipo de pista para encontrarlos y que me explicaran algo. Lo que fuera.

Recordé una conversación que tuve con Elba en una cantina. Un viejo con ropa deportiva había sacado a bailar a una chica que le llevaba casi dos cabezas. El hombre recargaba su sien derecha en el pecho neumático de la mujer, mientras ella le acariciaba el cabello. Si no fuera porque el viejo la tomaba de las nalgas, podrían haber pasado por padre e hija. Le pregunté a Elba cómo era Gómez.

—Me enseñó un puesto de tortas cubanas que se venden por kilo. La primera vez que fuimos, pidió una de dos kilos y me dio la mitad. No se acabó la suya hasta que yo terminara la mía. Supongo que fue un gesto de solidaridad, como si dijera: “Si te quedas con hambre, aquí hay”. Hablaba mucho cuando debía, cuando negociaba con los policías y con los editores. Pero ya en la camioneta, con la onda corta en vez del radio, a veces cerraba los ojos. No se dormía; dejaba que el ruido de la ciudad lo inundara. Era buen tipo Gómez.

—¿Sabes dónde vive? Podríamos irlo a visitar.

—Un día llegué al periódico y ya no estaba. A media tarde me presentaron contigo y me dijeron que teníamos que trabajar juntos. Gómez y yo sólo éramos colegas. Nunca se me ocurrió preguntarle su dirección.

La pareja comenzó a besarse y algunos borrachos chiflaron. La mujer llevó al viejo a la barra y lo sentó en sus piernas. Parecía un muñeco de ventrílocuo que toma Presidente campechano. Pedimos tres cervezas más.

—Podríamos preguntar en Recursos Humanos. Seguro tienen la dirección en su contrato.

—¿Para qué? Los dos sabemos que Gómez no está en su casa.

Gómez había huido de esto. Elba también. De ellos sólo me quedaba una foto. Tal vez también era lo único que quedaba de mí.

Era mediodía cuando nos avisaron de otro asesinato. Me tardé veinticinco minutos en prepararme un café. No sentía urgencia de llegar.

La escena era similar a las demás y también más terrible: era la acumulación de los hombres que el Ciudadano Universal había asesinado. Pero también eran todos los seres humanos muertos, los de hace dos semanas y los de hace trescientos años. La suma de los caídos de la historia.

Me dieron náuseas pero no quería vomitar enfrente de ningún policía.

El fotógrafo se acercó y me dijo que en la guantera traía un *whiskey*. Le di las gracias. Creo que nunca había visto muy bien su cara. Tenía los ojos café claro. Entré a la camioneta. La onda corta estaba encendida. Se oían claves policiacas, patrullas, alarmas: la ciudad resumida en ruido.

Una claridad interrumpió.

—¿Aldo?

Un poco más ronca de lo que recordaba pero la voz de Gómez me había llamado desde las bocinas de la camioneta.

—¿Aldo? ¿Cómo te va? Mira, mejor no nos quedamos hablando tonterías. Ya estamos acá, Elba y yo. Te esperamos.

Saqué la fotografía de mi bolsillo. Ahí estaban ellos dos, juntos y felices.

—Elba quiere preparar tortas cubanas y yo voy por unas Tecate. Tú quieres León, ¿no? Sólo apúrate porque ya andamos con hambre. Oye, no te preocupes, todo va a estar bien.

No había prestado suficiente atención a la tercera figura. Asumí que era un amigo de Elba y de Gómez. No tenía pruebas pero de alguna manera me convencí de que lo era. En ese momento supe que yo sostenía la cámara en la foto; me di cuenta porque traía la misma camisa y los mismos tenis que hoy. Por alguna razón la había tomado y no lo recordaba. ¿A qué hora los había visto? ¿Dónde nos habíamos citado? La foto parecía tomada a media tarde.

—Por cierto. No te preocupes —remató Gómez—, también vimos *smileys* al principio; ya que cambian, te das cuenta. Por eso les mandé las fotos, aunque Elba se dio cuenta más rá-

pido. Pero acá platicamos. Apúrate que se van a calentar las cervezas.



Para esta edición, se utilizó la tipografía libre New Century Schoolbook, a 10 puntos (más o menos) para interiores. El texto se maquetoó con \LaTeX . Los archivos editables de esta obra están disponibles en amigosandfoes.com Si no los encuentras, escribe a pedroacunhag@gmail.com

El papel de interiores es cultural de 75 gr. y la portada, pues, depende, porque la vamos cambiando según lo que nos guste en el momento.

